9448

J. LOPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LA RED

EDITORIAL PUEYO
MADRID

LA RED

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norwège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LA RED

Drama en tres actos

Estrenado en el Teatro del Centro el 12 de Diciembre de 1919

COPYRIGHT, BY J. LÓPEZ PINILLOS, 1920.

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1920

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

NOVELA

La Sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.
Ojo por ojo...
Cintas Rojas.
El Luchador.

TEATRO

El vencedor de sí mismo. (Drama.)
Hacia la dicha. (Comedia.)
El burro de carga. (Comedia.)
La casta. (Comedia.)
El pantano. (Drama.)
Nuestro enemigo. (Drama.)
La otra vida. (Drama.)
A tiro limpio. (Comedia.)
Los senderos del mal. (Comedia.)
Las alas. (Comedia).
Esclavitud. (Drama.)
Caperucita y el lobo. (Comedia.)
La red. (Drama.)

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.
Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.

EN PRENSA

Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.

A MANUEL BUENO

CON AFECTO Y ADMIRACIÓN

669891

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Dolores Retamar (34 años) . .	Margarita Xirgu.
Petra (23 años)	María Luján.
Mónica (62 años).	María Brú.
Librada (18 años).	Ascensión Vivero.
Salvador Linero (40 años) . . .	Enrique Borrás.
D. Germán Páramo (45 años) .	L. Ruiz Tatay.
D. Segundo Retamar (62 años).	José Rivero.
Galo (30 años).	Ramón Gatuellas.
Quintín «el Anguila» (27 años)	Alberto Romea.
Bernardo Linero (72 años) . . .	José Trescolí.
Tranquilino (26 años)	José Lucio.
Domingo (28 años).	Miguel Ortín.
Bernabé (50 años)	Pedro González.
Breñales (30 años).	Luis D. Luna.

Puede la acción desarrollarse en cualquier pueblo de España.

EL ASUNTO DE "LA RED"

Con el título de «El miedo a la justicia», publiqué hace algunos años, comentando un suceso, el siguiente artículo en el *Heraldo de Madrid*:

«¿Se han enterado mis lectores del asombroso suceso de Castelserás? ¿No? Pues lo voy a referir en pocas palabras, porque merece ser conocido y comentado, para que sirva de solaz a los filósofos y para que empavorezca a las pobrecitas criaturas débiles de meollo y de corazón.

En Castelserás hay una banda de música; esta banda se rige por un sabio reglamento, y este reglamento dispone que todo individuo que haya pertenecido durante un número determinado de años a la colectividad artística, al retirarse de ella, por cualquier causa, pueda retener el instrumento que utilizó.

Pues bien; uno de los músicos, Antonio Molina, por no sé qué rozamientos con el director, retiróse gallardamente, y sin que se hubiera cumplido el plazo reglamentario, negóse a entregar su flauta o su cornetín. «Bronca», hijos míos. El director, D. José Sancho, hombre menos filarmónico que tozudo, reclamó varias veces y en distintos tonos; Molina desdeñó sus reclamaciones con idéntica tozudez; los amigos de Sancho y los amigos de Molina intervinieron en la cuestión; el juez municipal de Castelserás no logró avenirlos, y para que los Capuletos y los Montescos aragoneses no se descalabraran, encomendando el pleito a los puños y dejándose de razones, acudieron Sancho y unas personas modestas y prudentes al juez de primera instancia de Alcañiz.

Pasó algún tiempo. La familia de Molina y el director disputaban sañudamente; los dos bandos discutían sobre la propiedad de la flauta o del cornetín... Hubo algunas palabras gordas, algunos insultos, algún leve repelón o algún traidor puntapié. «Esto acabará mal; aquí ocurrirá alguna desgracia», decían los hombres reflexivos. Y de pronto desapareció Sancho.

Figuraos la emoción de Castelserás, lectores. ¿Dónde estaba el director? ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué habían hecho con él? Muchas honradas personas empezaron a mirar con recelo a los detentadores de la flauta o del corne-

tín; otras muchas huían de los presuntos criminales, y unas pocas, las más esforzadas, se permitieron acusar. «¡Han sido ellos! ¡Le han matado; le han asesinado!»

Los Molinas ingresaron en la cárcel y llegó a Castelserás el juez de Alcañiz y comenzó a practicar las diligencias de rúbrica. No era obscuro el caso. El pueblo, unánimemente, atacaba a los Molinas. Sólo Antonio, ayudado por su padre, y tal vez por algún pariente, podía haber asesinado al director. Un vecino, para auxiliar a la justicia, confesó con loable franqueza que el día antes de la desaparición, estando en una de sus hazas, había visto a lo lejos un grupo formado por tres hombres. Los tres hombres, luchando, desaparecieron. Después vió a dos. El otro, que era, sin duda, D. José Sancho, debió de ser arrojado al río.

Y aquí viene lo bueno, señores. Molina, que al ser detenido negó con energía desesperada, con fiereza, con indignación, negó menos resueltamente al ser interrogado por aquel juez, que le hostigaba, que le mareaba, que le envolvía, que le seducía. Al tercer interrogatorio flaqueó, medio vencido, incurriendo en graves contradicciones, azorándose, atropellándose al hablar. Declaraba que no abandonó su domicilio el día del crimen, y confesaba después que estuvo en el campo, o en una aldea, o en casa de un conocido. Entonces, satisfecho, sonreía

el juez, y aquella sonrisa de triunfo anunciaba su pérdida al infeliz acusado.

—La verdad. Hable usted, que no ha de arrepentirse. ¡Si se sabe todo! Fueron usted y su padre. En un arrebato de cólera le hirieron, y al verle herido, por temor, le remataron y le arrojaron a las aguas. ¿No fué así?

Y Molina, aterrado, seguro de su pérdida, para salvar a su padre, declaró:

—Fuí yo solo. Primero cuestionamos. Luego le di con la navaja muchas veces. Luego lo tiré al río. Se hundió...

¡Y era mentira todo esto, lectores! ¡Mentira! No hubo cuestión; no hubo puñaladas; no hubo hundimiento. El Sr. Sancho estaba en Zaragoza divirtiéndose, sin acordarse de Castelserás, ni de Molina, ni del instrumento de Molina. ¿No asombra el suceso? ¿No es horrible y aterrador? ¿No indigna y espanta y conmueve?

Pensad en los tormentos del encarcelado. Es un ignorante que no sabe, que no puede, que no sueña siquiera en defenderse. ¡Negar, sí! Pero negando, cuando un pueblo entero afirma, ¿qué se consigue? Y ¿cómo se niega frente a un juez astuto, frío, que nos acecha, que nos sorprende, que nos embrolla, que nos enloquece con su modo de referir lo que no ha visto, que nos aplasta con sus deducciones, que nos desarma con su lógica? ¡No; no hay quien confíe en la eficacia de la negación! Negar es entre-

garse; es morir. Y si arrastramos a otros a la muerte...

Y el pavor nos domina; el mismo pavor nos da ánimos para el sacrificio. «¡Sí, fuí yo; pero yo solo!»... Pobre, pobrecito bruto de alma primitiva; pobrecito bruto que se deja sugestionar por unos labios cruelmente risueños, por unas palabras severas, por unos ojos fríos; pobrecito bruto, inerme ante cualquier talento y cualquiera habilidad que le acometan. Como todos sus iguales, ¿no ha de pensar con un terror de alimaña en la justicia?»

Como verán los lectores, mi trabajo—sin mencionar el atañadero a la creación artística—se ha limitado a darle verosimilitud a la verdad.

ACTO PRIMERO

Sala en el piso bajo—que es el único habitable—en el caserón de D. Segundo Retamar. Las paredes tienen color de añil, los azulejos del zócalo son blancos y negros, como las losas del piso, y la techumbre es de un azul más fuerte que el de los muros. El del fondo está rasgado por una gran ventana; en el de la derecha se abre una puertecita que da al jardín, y en el de la izquierda hay una puerta de dos hojas por la que se ve el patio. La ventana es uno de los ojos con que mira el caserón a una calleja, que lo separa de un huerto, sobre cuyo tapial extienden sus brazos obscuros varias higueras.

El exorno de la sala desconcertaría al que no tuviese de la elegancia una idea tan original como don Segundo. Hay un sofá y dos butacones de caoba, tapizados con un terciopelo verde que ya ralea, de una respetable ancianidad, y unas sillas de rejilla, unos espejos con marcos dorados, protegidos por gasas azules, un velador y una mesa dignos de embellecer la más flamante peluquería de un pueblo habitado por riñonudos labradores.

En el velador, colocado cerca de la ventana, hay dos fuentes de dulces, presididas por una pecera en la que evolucionan con lentitud dos peces tan rojos como el fuego. En la mesa, que está a la izquierda, hay dulces también, botellas de vino y aguardiente y vasos y copas. El sofá valetudinario, flanqueado por los venerables butacones, se apoya en la pared de la derecha.

Es el día 6 de Julio. San Tranquilino, Patrón del pueblo, ha salido de su penumbroso camarín para dar, como todos los años, una vueltecita por la plaza, y los cohetes hienden el aire, las campanas repican y los músicos de la localidad emocionan a sus admiradores con la cándida alegría de una inocente gavota.

En el pueblo sólo hay un hombre capaz de prescindir con satánico desdén, del mártir San Tranquilino: Quintín «el Anguila», personaje greñudo, con barbas de tres semanas, dueño de unos atrayentes ojos de pícaro y de una sonrisa confiada y jovial, que se cuece bajo la cochambre de un recio chaquetón, y que, con un sabio eclecticismo, aloja sus pies en una alpargata pequeñita y en un zapato como un bergantín.

El Anguila, *que ni siquiera oye el estallido de los cohetes, la música y el campaneo, aparece en la calleja, se asoma, cauteloso, a la ventana, y se retira vivamente, al ver que entran corriendo, por la izquierda, en la habitación,* Librada, *palurdita pechugona, que viste de claro, y que, por la solemnidad del día, luce un mantoncito de espuma, y* Breñales, *fornido zamacuco, que se engalana con una blusa y unos pantalones nuevos.*

BREÑALES

¡Corre, que dende el corral veremos la procesión!

Salen por la derecha, y entonces QUINTÍN *mete en la habitación una caña, a la que ha amarrado su cuchillo, pincha un pastel, retira con agilidad su artificio de pesca y desaparece prudentemente para saborear la golosina. Y, al instante, entran en la sala, por la izquierda,* DON SEGUNDO *y* BERNARDO. *Don Segundo, que lleva con garbosa intrepidez sobre las costillas sus sesenta y dos inviernos, es un zafio varón cervigudo y musculoso, que habla frecuentemente con irónica lentitud, que achabacana con su ordinariez un traje bien cortado, que usa una corbata deshonrible, y que, a juzgar por lo bien rizado que lo mantiene, está orgulloso de su bigote rucio. Bernardo, cuyo traje denuncia la torpeza de un cortador rural, es un pelantrín de rostro tostado y arrugadísimo, que se encorva y que habla ya apagadamente, aunque conserva restos muy razonables de vigor.*

DON SEGUNDO

Con aparente afabilidad.

¿A que no aciertas el por qué de haberte yo sacao de la procesión?... Pues te he sacao pa que te pelees con una botella de Rute y te tragues toa su sangre, como un guapetón que eres.

BERNARDO

Con gravedad.

No. Te costa que han pasao ya muchas fiestas sin que yo beba, Segundo. Ya sabes que en mi cuerpo de cá gota de aguardiente nace un lobo o un cochino. Era un mal borracho; y como los malos borrachos, si no pierden la decencia, se retiran de la bebida, yo, que tengo decencia, me retiré.

Las campanas cesan de repicar y se deja de oir la música, que se ha ido alejando. De vez en vez suena de un modo confuso la explosión de un cohete.

DON SEGUNDO

¡Lo poco que los hombres nos parecemos!... En mí, como el aguardiente me ablanda el interior, cá gota es una poesía. De veras. Muchas mañanas, estando aquí, me figuro, a la décima copa, que estoy en los mimbrales, a la orilla del río, y agarro la caña y me pongo a pescar.

BERNARDO

Muy serio.

¿Sillas?

DON SEGUNDO

¡Ah! Esos que se mueven en la pecera ¿son sillas?

BERNARDO

Disimula.

DON SEGUNDO

Pues me pongo a pescar y sigo peleándome con el Rute, y de pronto, bien ablandao ya en mi interior, veo que nacen margaritas en las losas y capullos en los espejos, y oigo cantar en el sofá a los ruiseñores... y se me saltan las lágrimas como a una criatura, y, en vez de matar a los peces, los convido.

BERNARDO

Riéndose.

¿A Cazalla, que es el mejor?

DON SEGUNDO

Y que los vuelve locos. En cuanto empieza a blanquearse el agua, se ponen a jugar, dando vueltas como rayos y en seguida se mueren de gusto.

BERNARDO

¡De gusto! Es que el agua pierde su química. Como la perdían mis nervios cuando lo cataba.

DON SEGUNDO

Con mucha seguridad.

Y hoy la van a perder, porque hoy bebes tú. *Ofreciéndole una copa.* ¿Va por el Patrón?

BERNARDO

Sin enfadarse.

No seas niño.

DON SEGUNDO

¿Va por mí?... Fíjate. El Merinal, que vale unos ocho mil duros, se lo he vendido en quince mil a don José Contreras y hoy mismo iré a cobrar.

BERNARDO

Me alegro. Pero yo ¿no puedo alegrarme sin beber?... Y que esos duros no serán pa tu hija.

DON SEGUNDO

Burlón.

¡Mi hija! Y lo dices a boca llena, como si Dolores fuese mi única hija.

BERNARDO

Y lo és, porque es la única ligítima. Si fuéramos a contar los retoños que te han brotao por detrás de la Iglesia, no acabaríamos en un mes.

DON SEGUNDO

Algunos hay que contar. Acuérdate de que a Domingo lo he criao y de que a la Petra la reconocí.

BERNARDO

Pues festeja el negocio del Merinal bebiendo en su compaña.

DON SEGUNDO

Malicioso.

Y en la tuya, porque este brindis te va a gustar. A la salú de nuestro nieto, que viene a fin de mes y que no volverá a Bilbao, porque seguirá los estudios aquí, pa no separarse de nosotros.

BERNARDO

Después de apurar la copa.

No me podías haber dicho ná que me alegrara tanto.

Se bebe otras dos copas de dos gargantadas, y, con increible rapidez, se opera en él una maravillosa transformación. Como si le hubiesen librado del peso de seis lustros, se endereza, recobra la agilidad de los pies y el brillo de los ojos y se le robustece juvenilmente la voz.

Por mi nieto, que es la flor del mundo, me bebo yo tres barriles.

Se bebe otras dos copas y se echa a reir de pronto.

DON SEGUNDO

Ya estás a punto de caramelo. Así te quería ver.

BERNARDO

Con seriedad.

¿Hago la rana? En las juergas yo siempre hacía la rana.

Suena la aldabilla del portón.

DON SEGUNDO

Yo hacía y hago el gallo. En cuanto principio a sentirme don Primero—porque para beber, pagar y pegar sigo siendo, no don Segundo, sino don Primero—me pongo a hacer el gallo. *Suena otra vez la aldabilla y «don Primero», avanzando hacia la derecha, grita, palmoteando.* ¡Eh, Breñales María! ¿Os habéis muerto?

Entran por la derecha LIBRADA *y* BREÑALES

LIBRADA

Con timidez.

La María se ha ido de la casa.

Breñales sale por la izquierda

DON SEGUNDO

Tirándose del bigote y mirándola con avaricia.

Y tú ¿quién eres?

LIBRADA

Con los ojos bajos.

Librada: la moza nueva.

DON SEGUNDO

¿Librada? *Pasándole la mano por el rostro.* Muy bonitas son tus hechuras para que te libres.

Sale por la izquierda la palurdita.

BERNARDO

Ni de mí se libraría. ¡Soy yo un galán!... ¿Qué te pones a que si bajas aquel espejo lo rompo con la cabeza?

DON SEGUNDO

Riéndose.

Pero hombre, ¿pa qué?

Entra por la izquierda MÓNICA, *vieja achaparrada de ojos coléricos y ademanes decididos. Viene doblando una mantilla color de ala de mosca, como el traje que viste.*

MÓNICA

Airadamente.

¡Maldito y remaldito sea el cornetín!

DON SEGUNDO

¿Ha pasaq algo?

MÓNICA

¡Y lo que tié que pasar! ¡Confiscao sea el dichoso estrumento y el mal ladrón que lo inventó! *Respondiendo a una interrogación muda.* Ná. Que se ha armao la sanfrancia padre. Va Salvador y le pide a Juanito Herrera el cornetín: «Juanito, trae el estrumento, que no vais a tocar más.» Y como Herrera presume de guapo, va y se ríe y dice: «¿El estrumento?... ¡Antes me dejaría quitar la nariz!» «¡Pues venga la nariz!» Y le da Salvador un manotazo, y se revoluciona la gente y no sé más porque eché a correr.

QUINTÍN

Desde la puerta de la izquierda.

Pues entonces no ha visto usté lo mejor.

DON SEGUNDO

Con acritud.

¿A qué vienes tú aquí?

QUINTÍN

Con una fina sonrisa.

Pero, don Segundo de mi alma, ¿a qué voy a venir el día de nuestro Patrón San Tranquilino, sino a felicitarle a usté, que es el verdadero Patrón?

DON SEGUNDO

Con adustez, pero halagado en el fondo.

¿A que te doy una puntera?

QUINTÍN

Seguro de que no ha caído mal.

Más vale que me dé usté una copa.

DON SEGUNDO

Bébetela y déjame en paz.

QUINTÍN

Después de paladear el aguardiente.

Tumba. Como Domingo, que voltea a un hombre con igual facilidá que un toro voltea a un caballo. Y a eso me refería cuando entré. *Riéndose.* Bueno, es que el cornetín va a dejar chiquitas a las trompetas de Jericó.

DON SEGUNDO

De modo que Domingo, ¿salió a la defensa de Salvador?

QUINTÍN

No. Si se había ido. Pero Domingo desapartó a unas mujeres que se habían agarrao en el

porche, y de pronto se enredó a bofetás con un músico, y acudieron los de la banda por un lao y las amistaes de Domingo por otro, y aquello, por las gotas de sangre que llovían y por los pelos que volaban, fué como la guerra uropea. Gracias que se le ocurrió a un buen cristiano romper de una pedrá la tambora grande, y el tronío los asustó.

TRANQUILINO

Desde la puerta de la izquierda

¿Conque a un buen cristiano?... Pues ese buen cristiano, que es un judío, porque eres tú, va a reventar como la tambora. *Con una mezcla de respeto y altivez.* ¿Da usté su permiso, don Segundo? Aunque vengo como autoridá costituída pido permiso por educación.

DON SEGUNDO

Pasa, Tranquilino.

Al salir Mónica, entra el joven Tranquilino que se parece más a un ratón que a un zorro. Como alguacil del Juzgado de instrucción, luce una vara con borlas y una gorra azul con galón plateado, en la que se destacan las iniciales J. I. Estrena el traje, la camisa, la gorra y las borlitas de la vara.

QUINTÍN

Con una gravedad muy cómica.

Ya sé por lo que vienes a cazturarme, y te doy las gracias. Porque mira tú, hijo, Tranquilino, yo no creí que te decidieras a convidar, ni por ser el día de tu santo.

TRANQUILINO

Pasmado

¿Que yo voy a convidarte?

QUINTÍN

Como me decías que iba a reventar lo mismo que la tambora, y tú solo me pués reventar con osequios...

TRANQUILINO

Con una furia corderil.

¿Cabe más, don Segundo?... Tengo que llevárselo al juez cogío por los cabezones, y mire por dónde respira el descarao.

QUINTÍN

Muy sereno.

Tranquilino, hijo, no pierdas la «tranquilinidá.» El juez, ¿pa qué me necesita? ¿Querrá jugarse un tute?

TRANQUILINO

Con toda la ironía de que es capaz.

¿Eh, don Segundo? El juez echando un tute con un banquero que hace media hora estaba robando en el huerto del cura.

QUINTÍN

Hijo, ¿por qué no dices que también he robao aquí, ya que tan verdá sería esto como lo otro?

TRANQUILINO

A Don Segundo.

Es un santo.

QUINTÍN

No soy un santo; pero no soy un ladrón.

TRANQUILINO

¿Que no? ¿De qué vives?

QUINTÍN

De lo que me dan—y don Segundo declararía que es bastante si lo dejara declarar la vergüenza que tiene—y de lo que me encuentro.

TRANQUILINO

Triunfal.

¿Te encuentras las gallinas?

QUINTÍN

Con socarronería.

Hombre, Tranquilino, vas afilando de un modo la intención... *En tono confidencial.* Con las gallinas me ocurre una cosa... molesta: que las encanto. *Enseñándole una flauta de caña.* Como yo nací tan musiquísimo, que hasta el estrumento que uso es de mi invención, pa que no me ahogue la música que llevo en la cabeza, tengo que tocar, y toco. «Turí-turá, turá-turí...» De qué manera toco, no lo he podido averiguar; lo que sé es que, oirme los animales, y quedarse encantaos, es la misma cosa. Y van saltando las tapias las gallinas y los pavos y los patos, y van siguiéndome por las callejas, y detrás de mí, como en manifestación, se meten en las hazas, y cuando me entero, ya el averío que me sigue nublaría el sol si supiera volar. Entonces, horripilao, porque pienso en ti, Tranquilino—¡huy, lo que se figuraría Tranquilino si me viera!—entonces apedreo a los animales pa que se vayan. ¿Y qué hago cuando se muere de susto alguna gallina nerviosa?... *Dándose golpecitos en el estómago.* Pues la entierro, y aquí, pa honrarla como es debido. ¿No será esto una obra de misericordia mejor que un robo?

TRANQUILINO

Con indignación, porque se ríen don Segundo y Bernardo.

¿Habrá ladrón con menos vergüenza?

QUINTÍN

¡Y dale! *Con dignidad.* Yo lo único que robo es trigo, y lo robo de unos graneros que abro con un cántaro, y esos graneros son de unos ladrones que roban en los hocicos del juez y de la guardia civil.

TRANQUILINO

¿Y quiénes son esos ladrones?

BERNARDO

Riéndose.

Las hormigas, tonto.

QUINTÍN

¡Qué poco saben los alguaciles! ¿Eh, tío Bernardo? *A Tranquilino.* Por la mañanita me voy a una era donde haigan rematao, anego los hormigueros, me tumbo mientras las hormigas sacan el trigo pa que se oree, y después lleno mi costal y vendo mi cosecha. Conque no te metas conmigo, que hoy es tu día y debes ser más persona que alguacil. Y, pa que me respetes de aquí en adelante, vamos a casa del cura y te convencerás de que me puedo comer en su huerto lo que me se antoje.

TRANQUILINO

Vamos allá, que me parece que ahora, aunque te dicen «el Anguila», no te vas a escurrir.

QUINTÍN

Como las balas. *Retrocediendo al ver a* PETRA *y* DOMINGO, *que entran por la izquierda.* Pasen ustés. *Al salir detrás del joven ratón.* ¡Este Tranquilino tiene una «tranquilinidá»!...

Petra es una mujercita flaca que esconde en los ojos el veneno de la envidia y las llamas de la ambición. Tiene el humor melancólico, el gesto arisco y el llanto fácil. En sus ropas se advierte cierta presunción de señorío. Domingo, ambicioso como su hermana, no envidia a nadie por estupidez; pero mira a todo el que le contraría con el ciego furor de una bestia selvática. Su pelo es fortísimo, y sus gordas cejas, que se unen sobre la nariz, parecen dos sanguijuelas hartas de sangre. Viste con lujo, a lo campesino.

PETRA

Corriendo hacia don Segundo.

¿No me prometió usté que no se iría hasta que entrara en la iglesia la procesión? *A punto de llorar.* ¡Qué cuajo, padre!

DON SEGUNDO

El que hace falta pa vivir entre vosotros.

PETRA

¿Y no le duele que esté yo con el alma en un hilo? ¿Se figura usté que podré yo dormir tranquila después de lo que ha pasao?

BERNARDO

¡Por culpa de Juan Herrera!

PETRA

¿Por su culpa y lo ha reventao Salvador?... ¡Por culpa del demonio!

DON SEGUNDO

Mirando con severidad a Domingo.

El demonio no viene a aquí pa que este no lo comprometa mordiéndole en un cuerno. Ven acá, que tienes los sesos de un estornino y el corazón de un gallo inglés. Ven acá, que, desde que pudiste alzar la mano, estás llamando a la muerte, infeliz.

DOMINGO

Acercándose.

Hoy no he tenío más remedio, padrino. Como las hermanas de Juan Herrera se empeñaron en tentarle el bulto a Dolores...

DON SEGUNDO

Interrumpiéndole.

¡Ah! Pero ¿fué con Dolores?

DOMINGO

Con ella, padrino. Así es que me enrité, y, pa que el fantasmón del tío, que las azuzaba, no siguiera azuzándolas, le saqué de la boca la entadura postiza, con ojecto de tirarle un bocao en el morrillo con sus propios dientes. Y por esta broma se armó.

PETRA

Apasionadamente.

Pero dí lo que yo hice, y dí donde me quedé, porque luego no faltará quien jure que yo no estaba en la iglesia rezando, sino en la plaza, echándole al fuego leña.

Entran, por la izquierda, DOLORES *y* SALVADOR. *Dolores, muy suelta de lengua y de manos y muy franca y muy valiente al mirar, tiene el humor jocundo, el gesto amable y el llanto difícil. En sus arreos hay más humildad y mejor gusto que en los de su hermana. Salvador, criatura algo agreste, de mucho hueso y mucha fibra, tan enérgico y tan claro como su mujer, conserva la agilidad y la alegría*

de la juventud. Como casi todos los orgullosos, es propenso a la cólera y testarudo. Lleva un traje dominguero de pelantrín, y no está habituado a tamañas suntuosidades a juzgar por la frecuencia con que se estira la cazadora y se sacude los pantalones. Al entrar, deja con mucho cuidado en la mesa un reluciente cornetín.

DOLORES

Que ha oido el ruego de Petra.

No te apures, que yo sé que estabas rezando: pidiéndole a la Virgen que me saltaran a mí un ojo y a Salvador los dos. ¿Verdá?

PETRA

Con menos dolor del que simula.

¿Le parece a usté, padre?

SALVADOR

Riéndose.

Déjala bromear.

DOLORES

Con ira.

¡Qué bromear! ¡Digo lo que siento! *A Petra.* ¿Hay cariño entre nosotras? Todo esto del cornetín, ¿quién lo ha enredao?

PETRA

¡Ah! ¿He sido yo?

DOLORES

Con desdén.

Te falta listeza, Petrilla. Pero al zorro de tu marido le sobra pa infernar al mundo, y sin dar la cara y haciéndose el santito.

PETRA

Con saña.

¿Haciéndose el santito porque se porta como un hombre bueno y prudente que es?... Pues más valía que Salvador se hiciera el santito, porque él es el responsable de tó, por testarúo y por soberbio. *Salvador se ríe.*

DOLORES

Burlona.

¡Caray!

PETRA

Conteniendo a duras penas su furor.

Claro, como vive aquí, junto al amo de las cargas, se cree que puede más que nadie. Y como goza con atropellar...

DOLORES

Disparándose.

¡Mentira!

Salvador sigue riéndose. Bernardo, sin que le vea su hijo, se bebe otra copa, saca un pañuelo enorme, lo extiende sobre el sofá y se sienta en él para no estropear con los calzones el terciopelo.

DON SEGUNDO

Con irónica afabilidad.

Calma, queridos retoños de mi corazón.

BERNARDO

Es que la Petrilla se va de la boca.

DON SEGUNDO

Se van de la boca la Petrilla y la que no es la Petrilla, y se van de las manos, que es peor, los pollitos tomateros y los gallos con espolones.

SALVADOR

Si habla usté por mí, le diré que yo no le he pegao a Juan: le he tomao medía del físico porque, como es tan bestia, le voy a regalar una jáquima, y quiero que le esté bien.

DON SEGUNDO

A Domingo, que se ríe.

Ríete, sesos de pólvora, que no te hacen gracia más que las atrocidades. *A Salvador.* Debía darte vergüenza de reflexionar tan poco.

SALVADOR

¿Por qué?

BERNARDO

¿No vende salú?... Pues la salú es lo prencipal; que «más vale burro vivo que sabio muerto».

SALVADOR

De mí decía el maestro que no tenía más que pelos en la cabezota: por dentro y por fuera. Conque es natural que reflexione poco. Pero, con ese poco, me sobra pa no consentir que me comprometan ni me hagan daño, porque yo no hago daño, ni comprometo.

DON SEGUNDO

¿Que no comprometes, y nos traes en revolución por un cornetín cochino?

SALVADOR

Con entereza.

¡Alto ahí! El estrumento, como estrumento, me importa un pitoche; pero, por lo que ha ocurrío, en el estrumento están mi dignidá, y mi palabra, y mi amor propio, cosas que me importan mucho. Tanto, que pa que lo soltara, me tendrían que escuartizar.

DOLORES

Con energía.

Y como escuartizarte es muy difícil, ahora soy yo la que no quiere arreglos. Conque ya lo sabes: el cornetín no saldrá de casa más que cuando te se antoje tocarlo. Y si te se antoja tocarlo en la plaza, te vas a la plaza; y si alguien te tose, allí estaré yo pa pedirte que le cures el resfriao con jarabe de fresno.

DON SEGUNDO

Tirándole de una oreja.

Hijita, que rejeleas de agria. Ya, ya se ve que eres la media naranja de Salvador. *Salvador se ríe, mirando embobado a su mujer.*

Entra GALO *por la izquierda. Es un hombre moreno, grueso, con la nariz judáica, los ojos duchos en disimular y la boca maestra en*

sonreir. Como su mujer, aspira, sin fortuna, a que le presten las ropas el señorío que le falta. Sobre su cuello almidonado se esponja una corbatilla con igual gracia que una salamanquesa en un muro.

GALO

A Petra, alegremente.

Ya me figuraba yo que te encontraría aquí. Dolores, que siento lo que te ha pasao como si le hubiese pasao a Petra.

PETRA

Con los ojos arrasados.

O más. Dí que más todavía. Rebájate, como yo me he rebajao, y verás de qué modo te lo agradecen.

GALO

Con severidad.

¡Petra!

PETRA

Llorando.

¡No pondré más los pies en esta casa! ¡No volveré a consentir que me insulten! *Por Dolores.*

¿Sabes lo que me ha dicho, refiriéndose a la pelea?... ¡Que le estaba pidiendo a Dios que le saltaran los ojos!

GALO

Riéndose, como si hubiera oído algo graciosísimo.

¡Atiza! ¿Y por eso lloras? Vaya, que has cumplido ya los diez años, mujer. Te pasas de sentida, y con el corazón tan tierno es muy difícil vivir.

DOLORES

Con frialdad.

Se pasa de soberbia, Galo.

GALO

Indulgente.

También. Tiene, tiene soberbia mi Petrilla. Pero ya se le pegará la humildá que me ha dao Dios.

SALVADOR

Con socarronería.

¿Que tú, que presumes hasta de corbata, eres humilde?... No lo había notao. Perdona, compañero.

GALO

Ahora lo notarás, si antes no has querío notarlo, Salvador. Y lo notarás, ya que, aunque la culpa de lo que pasa no es mía...

SALVADOR

Interrumpiéndole.

¿De quién es entonces?... Eres el rey de los cuervos, porque, siendo un cuervo, cantas como un ruiseñor. Y no por humildá, sino por hipocresía.

DON SEGUNDO

Con autoridad.

Echa la galga, Salvador.

SALVADOR

Sonriéndose.

Descuide, que va bien el carro. *A Galo.* ¿De quién es la culpa? ¿Quién alborotó a la banda y a medio pueblo? ¿Quién sembró toas las bofetás que ahora se reparten?

GALO

Con moderación.

Yo no he alborotao a nadie, ni he sembrao na, porque no tengo mala intención, ni orgullo.

Reclamé el cornetín cumpliendo con mi obligación, puesto que dirijo la banda.

SALVADOR

Hínchate, pavo.

GALO

Risueño.

Déjame seguir, si te quiés enterar de lo que iba a decirte. Y es que, aunque no es mía la culpa de lo que pasa, vengo a cortar por lo sano, dándote el trunfo.

SALVADOR

Con recelo.

¿De qué modo? No hay más que un modo.

GALO

A ver si es este. ¿Qué te ha costao el cornetín: dos, cuatro, cuarenta?... Pues yo te lo compro en el doble, y así te sales con la tuya.

SALVADOR

Rápidamente.

¡Cá! Así, por unas pesetas, trunfas tú, llevándole a la banda el estrumento.

GALO

Apelando a la astucia.

Entonces arreglemos la cosa al revés. Quédate con el cornetín y dame pa comprar otro.

SALVADOR

Así también trunfas tú, porque me haces pagar.

GALO

Pues, hijo, poniéndote de esa conformidá, no hay manera de arreglar la cuestión.

SALVADOR

Y que no me pondré de otra.

GALO

Conciliador.

¿Y qué ganarás? ¿Tú crees que, de olerme yo lo que iba a ocurrir hubiera reclamao?... Pero ya he reclamao, porque me hicieron reclamar, y como cá uno tié su alma en su almario, los atropellos duelen. *Con intención.* Y perjudican. Vamos a ver, Salvador: ¿Qué te echas en el bolsillo con que se despelleje a padre? ¿Te gusta

que digan los malhablaos que si no fueras marío de Dolores ya habrías devuelto el cornetín?

SALVADOR

Como eso es mentira, porque mi suegro no se ha metío en ná...

GALO

Si lo sé. Pero vete a convencer a la gente de que Dolores no es el ojito derecho de su padre. Y que sería lo natural. Petra no nació como la ley manda. De modo que la hija que tié el amparo de tos los derechos, la que vive con el padre, la que ha de influir en el padre, es tu mujer.

SALVADOR

Eso si en el padre se pudiera influir, y eso si mi mujer quisiera influir. Y ya estoy harto de oír el son de esa cuerda, y te declararé, pá que no la pellizquez más, que la que tié metimiento con su padre, porque le hace falta tenerlo, es la Petrilla, y, por esa razón, si yo fuí alcalde, tú has sío alcalde. Y de los duros ni me acordaré.

PETRA

Como una víbora.

¿De qué duros?

DOLORES

De los que padre os da.

SALVADOR

Sin que pida yo un ochavo.

GALO

Con una sonrisa falsa.

¿Te quejas?

SALVADOR

Con orgullo.

¿Quejarme yo?... *Poniéndole a Dolores una mano en el hombro.* De mi suegro no quería yo más caudal que este, y mío es. Conque ya me puén criticar tus paniaguaos hasta que se les llague la lengua. Y escucha, pa que no saques más a relucir la cuestión: ¿Por qué entré en la banda? Porque asegurabas tú que no serviría ni pa tocar la tambora. ¿Por qué salí de la banda? Porque, de mandón que eres, no te pude aguantar. ¿Y por qué me he emperrao en lo del cornetín? Porque, teniendo derecho a quedarme con él, quisiste tú quitármelo.

GALO

Yo, no. El reglamento.

SALVADOR

El reglamento explicao por ti, que te mueres por pisarme, pa demostrar que vales más que yo. Y serás más listo que yo. Lo eres. Pero no vales más que yo. Claridá, Galo.

DON GERMÁN

Dentro.

¿Se puede?

DOMINGO

Sin dirigirse a nadie y con algún recelo.

¿El juez?

DON SEGUNDO

Asomándose a la puerta de la izquierda.

Adelante, don Germán. ¿Desde cuando pide usté permiso pa entrar en su casa?

Entra por la izquierda DON GERMÁN PÁRAMO. *Más que de juez, tiene tipo de fabricante o de labrador, con su cara llena, sus labios sensuales y sus ojos serenos, sin perspicacia ni curiosidad. De lo que significa la palabra moda no ha querido enterarse, y, así, su ropa está algo anticuada.*

DON GERMÁN

Es usted muy amable, don Segundo. Buenos días otra vez. *Todos le contestan.*

DON SEGUNDO

¿Y a qué le debemos la satisfacción de verle por aquí?

DON GERMÁN

Sonriéndose.

A que se me ha antojado de pronto fumarme un pitillo y beberme una copa con usted, para... ¿A que no lo adivina?

DON SEGUNDO

Después de un instante de silencio.

No.

DON GERMÁN

Serio.

Para recomendarle, charlando amistosamente, que me pida un consejo.

DON SEGUNDO

Un poco preocupado.

Ahí van la copa y el pitillo. Y venga el consejo, que tó el mundo los necesita, y si los regala un amigo como usté, más.

DON GERMÁN

Arregle usted lo de la banda inmediatamente. El cornetín, que era un grano de arena, es ya una montaña de odio que ha dividido al pueblo, y si hoy, en una escaramuza entre quince o veinte exaltados, se han herido tres hombres, mañana, en una pelea entre doscientos o trescientos, pueden caer unas docenas. De este modo no debemos seguir ni una hora más. No habla el juez todavía, don Segundo: habla el amigo, y para evitar, precisamente, que hable el juez.

DON SEGUNDO

Gracias, don Germán.

GALO

Con un falso encogimiento.

Yo... si Salvador transigiera... Pa arreglar el

asunto, con los sacrificios que sean menester, estoy aquí.

SALVADOR

Conteniendo la cólera.

Pa arreglarlo como a ti te conviene.

GALO

Con moderación.

No. Dispensa. Como a mi me conviene, no. Como es de justicia. Ninguna persona imparcial votará por ti.

DOLORES

¡Disponiéndolo tú!...

DON GERMÁN

Afablemente.

Aunque no lo disponga él, Dolores. Esa es la verdad.

SALVADOR

Con una sonrisa de hiel.

¿La verdá? Lo discutiríamos.

DON GERMÁN

¿Y con qué fin, si el reglamento de la banda no admite discusión? ¿Qué dispone? Que todo individuo que haya estado cuatro años en la agrupación, se pueda llevar su instrumento al retirarse.

SALVADOR

Con aire de triunfo.

Luego el cornetín es mío, porque estuve cuatro años en la banda.

DON GERMÁN

Sonriéndose.

No. Tres. El año del aprendizaje no se cuenta.

SALVADOR

Esforzándose en aparecer amable.

También discutiríamos eso. ¿Por qué no se ha de contar?... El reglamento habla de los años. De lo que se haga en esos años, no. Y contra su opinión, don Germán—que pa mí, dicho sea en-

tre paréntesis, es mu respetable, por lo que pesa usté en su oficio—se encontrarían otras opiniones.

DOLORES

Como que si tos los jueces y tos los abogaos pensaran lo mismo, no habría pleitos.

SALVADOR

Con energía.

Y, ahora, habrá uno, si hace falta.

DON GERMÁN

Bondadosamente.

¿Por su tozudez?... No se precipite, Salvador. ¿Nunca le ha deseado algún mal enemigo que tenga pleitos, aunque los gane?... No se precipite. Entable usted un pleito y verá una transformación fantástica: la de ese cornetín, que, convertido en una fiera hambrienta y con un estómago sin fondo, empezaría a devorar sus cortijos y sus olivares. Y esa transformación ¿le agradaría?... El amigo que, fumando y bebiendo, charla con ustedes, se figura que no. *Sonriendo.* Un amigo que, ahora—fíjense—no es juez.

DON SEGUNDO

Usté puede ser juez siempre, porque siempre es honrao.

DON GERMÁN

Procuro serlo. Ingresé en la carrera—abandonando otra que me producía mucho más—por vocación; y, hasta hoy, creo que he sido un buen juez. Es decir, uno de esos jueces que le dan más importancia que a la ley, a la justicia. *Levantándose.* Y me retiro, y les ruego que me perdonen si les he molestado.

DON SEGUNDO

Deteniéndole.

Un instante, don Germán. *Llamando, desde la izquierda.* Breñales.

Entra Breñales.

BREÑALES

¿Qué manda usté?

DON SEGUNDO

Dándole el cornetín.

Llévale esto a Juan Herrera, y dile, de parte de Salvador, que ya es suyo.

Dolores y Salvador no velan su contrariedad, mientras Galo y su mujer disimulan cautamente la alegria. Domingo los mira a todos con indiferencia y Bernardo se levanta sorprendido y colérico.

BREÑALES

Está bien.

Sale por la izquierda.

DON GERMÁN

Apretándole la mano.

Mi felicitación, don Segundo. *A los demás.* Y enhorabuena, señores.

SALVADOR

Con despecho.

Lo que es a mí...

DON GERMÁN

Afectuoso.

A usted antes que a nadie. Y no ponga esa cara de león y felicite a Galo con alegría, porque los hombres buenos, como usted, se deben alegrar de que se imponga lo justo, aunque su amor propio padezca.

SALVADOR

Caray, ¿se ha impuesto lo justo, señor juez?... Pero, en fin, no hay que disputar más, que frente al que ha aconsejao y frente al que ha decidío, yo no soy nadie.

DON GERMÁN

Tendiéndole la diestra.

¿La mano, Salvador?

SALVADOR

Estrechándosela.

Y agradeciendo de veras sus intenciones, don Germán.

DON GERMÁN

Vaya, buenos días.

Le contestan todos—menos Bernardo que se aproxima al velador encorvadito y que se endereza, encrestado, después de beber—y sale por la izquierda.

DON SEGUNDO

Con satisfacción.

Ahora viviremos en paz.

Hay unos instantes de silencio. Dolores, iracunda, mira a Petra y a Galo, que apartan la vista. Don Segundo y Domingo, libres del embarazo de los demás, paladean unos sorbos de aguardiente.

BERNARDO

Sin mirar a nadie.

Lo que ocurre es que hay gente—¡así reventara!—que, por tener dinero, se figura que ha venío al mundo pa comer, beber, divertirse, mandar, arrollar y presumir de celebro. Y hoy hace una cochinería, y mañana hace otra cochinería... *Mirando a Galo.* No te atientes más el corbatín, que no te se vuela. *Domingo se ríe.*

DON SEGUNDO

Irónico.

Dále cuerda riéndole las gracias.

BERNARDO

A don Segundo, con furia.

Yo no necesito que me den cuerda ni que me rían las gracias.

SALVADOR

Sonriendo.

Pero ¿se va usté a enfadar, padre?

DON SEGUNDO

Desdeñoso.

Déjale. Es el aguardiente. Como no bebía hace una eternidá...

BERNARDO

Zamarreándole, de pronto, con una energía insospechada.

¡Pero me has obligao tú a beber, cochino!

DON SEGUNDO

Reponiéndose y derribándole de un brutal empujón.

¡Habrá indecente borracho!

Salvador, instintivamente, avanza hacia don Segundo, impulsado por el dolor y la cólera; Galo, haciendo de tripas corazón, avanza también, decidido a contenerle, y Domingo, con un furor diabólico, se pone de un salto junto a Salvador, para caer sobre él en cuanto maltrate a don Segundo.

DOLORES

En un alarido.

¡Salvador! *Los tres hombres se detienen.*

GALO

Con una gravedad que no es hija de la valentia, sino del miedo.

¡Cuidao!

DOMINGO

Torvamente.

¡Cuidao!

SALVADOR

Con la voz trémula de rabia.

¡Cuidao digo yo también!

DON SEGUNDO

Tan calmoso como si nada hubiera ocurrido.

A tos nos conviene ir con cuidao.

DOLORES

Con energía, dirigiéndose a su padre.

¡A todos! *Después de levantar a Bernardo, que hacía inútiles esfuerzos por incorporarse.* Apóyese usté en mí. *Hablando con lágrimas en la voz.* ¡No se apure! ¡Por el amor de Dios, le pido que no se apure! *Sentándole en el sofá y acariciándole.* ¡Más me duele el golpe que a usté!

DON SEGUNDO

Muy tranquilo.

Vaya, esto no ha sío ná.

SALVADOR

Todavía trémulo.

Que se nos ha quemao la pólvora y ná más.

BERNARDO

Con la debilidad de un niño.

¿Por qué no tengo fuerza, ya que mi hijo no tiene dignidá ni corazón? *Entre sollozos.* ¡A los

setenta y dos años! ¡Pegarme a los setenta y dos años, delante de un hijo!

SALVADOR

Demudado.

¡Padre!...

BERNARDO

¡Y mi hijo no ha tirao al suelo la cabeza del hombre que me tiró a mí al suelo!

SALVADOR

Con amargura.

¡Padre!

BERNARDO

¡Si tu madre viviera, te mandaría que le preguntaras si lo soy, porque, después de no haberme defendío, ni lo quiero creer!

DOLORES

Sollozando.

¡Calle usté, calle usté! ¡No merecemos que hable usté así! ¡No es justo que hable usté así! *Corriendo hacia don Segundo.* ¡Pídale usté perdón! ¡Sea usté bueno! *Levantando la voz con energía al ver que don Segundo, despreciativo, se encoge de hombros.* ¡Debe uste pedirle perdón!

DOMINGO

Con grosería.

¿A santo de qué, pamplinosa?... ¡Que no le hubiera tocao!

SALVADOR

Descompuesto.

¡A esta no hay quien le replique, Domingo! ¡Y no me mires así! *Domingo se sonríe.* ¡Y no te rías, porque, delante de un matón, soy como un perro delante de un gato, y te rompo la risa contra los dientes!

DOMINGO

Ciego de ira.

¡Y, con los dientes, te arranco yo a ti el corazón!

SALVADOR

Acometiéndole.

¡A verlo! *Le echa las zarpas al cuello, le sacude como a una hoja, le derriba, y rechaza de un manotón a Galo. Dolores se aferra a Domingo, que se levanta con felina rapidez, y Petra defiende a su compañero. Mientras las mujeres y los hombres gritan, Bernardo, con el egoísmo de la vejez, sigue llorando en el sofá.*

DON SEGUNDO

Con una cólera frenética.

¡Quietos! ¡Quietos! *A Salvador, amenazadoramente, después de una pausa.* ¿Estás loco?... ¡A ver si me encargo yo de curarte!

SALVADOR

Conteniéndose.

Usté... usté tié vara alta. *Abrazando y besando a Dolores.* Díselo tú, que lo sabes, mujer.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En la misma sala del caserón de Retamar. Han desaparecido los dulces y los licores con que se festejaba el día del Patrón. En la mesa hay unos floreros y unas caracolas, y sobre el velador, en su cárcel, siguen los peces rojos meciéndose con soñolienta lentitud.

DOLORES y MÓNICA, *junto a la ventana, repasan la ropa que contiene un ancho cesto. El traje de Dolores, muy limpio y muy humilde, es el que corresponde a la mujer de un pelantrín. El de Mónica está corcusido y remendado.*

MÓNICA

Al oir un suspiro de Dolores.

No reines más en eso, muchacha. ¿Rezamos pa que se nos quite la preocupación?

DOLORES

Si con rezar me se quitase... *Suena un golpe*

seco, y en seguida se oye el fracaso de un cristal. ¿Ves? Otra pedrada. *Rompe a llorar.*

MÓNICA

Iracunda.

¡Maldita chiquillería!

DOLORES

No. Malditos los grandes, que mandan apedrear. Los niños, ¿qué entienden?

Entra SALVADOR *por la derecha, con calzado recio, pantalones de dril, camisa floja y americana de lanilla.*

SALVADOR

Tirando el sombrero al sofá.

Hola.

DOLORES

Secándose las lágrimas precipitadamente.

Hola, Salvador.

SALVADOR

Reconviniéndola con dulzura.

¿Qué me has prometido?

DOLORES

Intentando inútilmente sonreir.

Pero si estoy serena.

SALVADOR

Con triste severidad.

¿Así?... Pues una paloma que tuviese ojos de lechuza no parecería tan rara como tu serenidá, mujer.

DOLORES

Abrazándole.

Perdón, Salvador. No sé lo que daría por no disgustarte ahora; pero el gusano que me roe me quita hasta la voluntá. *Salvador, enternecido, la besa.* Y tu padre, ¿cómo sigue?

SALVADOR

Amodorrao. No se le va la calentura.

DOLORES

Y... ¿sabe algo?

SALVADOR

Sabe que no sabemos ná del tuyo ni de Domingo.

DOLORES

¿Y de lo otro?

SALVADOR

Todavía no se ha atrevío a osequiarle con el cuento ningún mal alma. Pero que ese cuento no te duela a ti.

DOLORES

¿Que no? ¡Clavao en mis entrañas está como un cuchillo! Si no parecen, ¿quién nos lo quitará de encima?

SALVADOR

Queriendo convencerse a sí mismo.

¿Y por qué no han de parecer? ¿Qué ganamos poniéndonos en lo peor?... ¿Hay mala gente

por estos pueblos? No la hay. Y tu padre, ¿no se ha ido mil veces a sus francachelas sin avisar? ¿Y se le ha ocurrío escribir en alguna ocasión?

DOLORES

Pero nunca ha faltao, al fin de la decena, para pagarle él mismo a los madereros y a los aserraores.

SALVADOR

¡Pues ya ha empezao a faltar!

DOLORES

¡No, no, Salvador! ¡Si no pués tranquilizarme! Lo de los caballos y lo del dinero, ¿cómo se explica? ¿Se iban a ir de diversión, dejando a las bestias en mitá del camino? Y mi padre, ¿era capaz de meterse en una francachela llevando quince mil duros?

SALVADOR

Con ira y amargura.

Es verdá. *Reponiéndose.* Pero, sin embargo...

DOLORES

¡No, no! ¡Una cosa gorda les ha ocurrío! Si no, su rastro, siquiera, se hubiese descubierto. A la una de la madrugada—¡y hace ya cinco días!—salieron de la huerta de don José Contreras con los quince mil duros; a las dos, sin desmontarse, como ha contao Manuel Martín, se bebieron con él uñas copas en el cortijo de Valmar; y, a las tres y media, me llamó el sereno pa advertirme que los caballos, solos, estaban en la puerta. Y si del cortijo de Valmar a nuestra casa se viene a pie en tres cuartos de hora, ¿cómo tardaron hora y media los animalitos? ¿Quién paró a mi padre y a mi hermano, y pa qué, y qué hicieron con ellos? *Después de una pausa.* No, Salvador. No me pidas que esté serena. *Llorando mansamente.* Todavía me parece que suenan aquí sus pasos... y pué que ya no anden más.

SALVADOR

Estremeciéndose.

¡No lo digas!

DOLORES

Sollozando.

Y ni luto nos hemos puesto...

SALVADOR

Sombrío.

Tó llegará. Si me viera de luto, creería que han muerto... ¡y no lo quiero creer!

UNA VOZ DE HOMBRE

En la calle.

¡Muera el creminal!

DOLORES

Con los dientes apretados.

¿Y eso? ¿Y esa infamia?

SALVADOR

Torvamente.

¡El criminal es el que me ha calumniao, y lo he de descubrir pa arrancarle la lengua, y picársela, y hacer que se la trague!

DOLORES

¿Pa ir a presidio?... ¡Y que es medio pueblo el que te calumnia! No, hijo, no. Le pedirás á la justicia que te defienda, que pa eso sirve la jus-

ticia. *Llorando.* ¡O se lo pediré yo! ¡No voy a consentir que deshonren a mi marío los que quizás hayan asesinao a mi hermano y a mi padre!

SALVADOR

¡Es horrible! ¡Ni un demonio hubiese inventao cosa más atroz!

MÓNICA

Lloriqueando.

¡Y pide tamién justicia contra las mujeres! Pa que no digan que es una vergüenza que no te haigan «lunchao» y que no estás en la cárcel porque al juez, de puro infelizote, se le pasea el alma por el cuerpo.

SALVADOR

¿Conque me quieren «lunchar»? *Con irónica resignación.* ¡Qué le hemos de hacer! *Cogiendo el sombrero.* ¡Paciencia!

DOLORES

Suplicante.

Salvador, no salgas.

SALVADOR

Con frialdad.

¿Que no salga?... Repara en lo que dices, mujer. Si fuera un asesino, si hubiera matao, como aseguran, a tu hermano y a tu padre, no saldría, porque los asesinos tienen miedo. ¿Debo yo tener miedo?

DOLORES

Con sencillez.

Vete, Salvador.

Salvador la abraza y sale por la izquierda. Dolores se pone a coser.

MÓNICA

Limpiándose las lágrimas.

Tan felices como vivíamos...

LA VOZ DE OTRO HOMBRE

Cerca de la ventana.

¡Viva la justicia!

MÓNICA

Asomándose.

¡Así te quearas mudo, ladrón!

PETRA, *vestida de luto riguroso, entra por la izquierda.*

PETRA

Buenas tardes. *Dolores la mira con sorpresa y disgusto y se levanta airadamente.* No te amontones, que como no me trae aquí más que la obligación de hacerte una pregunta, en cuanto te la haga, me voy. Pasao mañana, costearé unas misas por padre y por Domingo. ¿Vendrás?

DOLORES

Con sequedad.

Es pronto pa misas.

PETRA

Hiriente.

Ya veo que ni siquiera te has vestío de luto. ¿Tan convencida estás de que no han muerto? *Sonriéndose con malignidad.* ¿Te lo ha asegurao Salvador?

DOLORES

Con reconcentrada violencia.

¿Qué quiés darme a entender, perversa?

PETRA

Con el gesto retador.

¿Y qué entiendes tú? ¡Malo será cuando así te disparas!

DOLORES

Con tanta cólera como desprecio e indignación.

Yo no te aborrecía, Petra. Aunque te dedicaste a dañar tó lo mío desde que te echaron al mundo, y aunque, antes de nacer, ya hacías llorar a mi madre, porque tu nacimiento era una ofensa pa ella, ni pensando en la infeliz supe aborrecerte. Pero, desde hoy, te aborreceré de tal modo, que ni en la agonía te he de perdonar.

PETRA

Irónica.

¡Valgame Dios! Tanto odio porque estoy segura de que no viven ya mi padre y mi hermano.

Y eso que de mi boca no ha salío una queja relativa a que la muerte de padre, sin haber testao, roba a mis hijos, pa que tenga más el tuyo.

DOLORES

¿Qué ideas se te están ocurriendo? ¿Dónde me piensas morder? *Casi horrorizada, a Mónica.* Pero ¿no has oído a esta infame?

PETRA

Desdeñosa e incisiva.

Mira lo que dices, que todavía hay justicia, aunque no lo parezca.

DOLORES

Con altivez.

¡Quizás te demuestre yo que la hay!

PETRA

Con ironía.

¿A mí? ¿De qué me vas a acusar?... Porque mi delito es haber pagao unas misas. *Con insolencia.* Por mi padre, que era más padre mío que tuyo,

porque quiso a mi madre más que a la tuya, y por mi hermano, que también era más hermano mío que tuyo, porque nació como yo y no como tú.

DOLORES

Despreciativa.

Engríete con esa honra.

PETRA

Otros están más deshonraos.

DOLORES

Agresiva.

¿Quiénes?... ¡Rompe de una vez, sin temor, ya que hablas con los ojos, maldita! ¿De qué tiés que acusar a mi marío?

GALO, *también de luto, entra por la izquierda. Su mujer no le ve.*

PETRA

¿Acusarle yo? *Con venenosa intención.* Bastante le acusa el pueblo.

GALO

Con sorda cólera.

Hay que infernar a la familia ¿eh, mala res?

PETRA

Cortada.

Yo...

GALO

Llevándola hasta la puerta. Anda pa casa. *Petra sale por la izquierda.*

DOLORES

Con acritud.

Ya era hora, Galo.

GALO

Conciliador.

Tu marido, el día de la desgracia, ¿procuró que volviera?... Pero hoy debía volver y aquí estoy. Yo, cuando la obligación me lo exige, duermo a la memoria pa librarme de sus pinchazos.

DOLORES

Con desconfianza.

¿Y nos vas a ayudar?

GALO

Con resolución.

Desde ahora mismo, diciéndote que le mandes un recao a Salvador. El pueblo no es el que era hace tres días, y no le conviene estar en la calle.

DOLORES

Alarmada.

Pero ¿se atreverán?...

GALO

A tó, en cuanto él se meta con el más insinificante. Repito que el pueblo ha cambiao.

Entra SALVADOR *por la izquierda.*

SALVADOR

Con mofa.

Caray, ¿tenemos aquí al emperador de los grajos?

GALO

Risueño.

No, si no te enmendarás. Así nacen junto a ti los enemigos como las ortigas en las zanjas.

SALVADOR

Sigue, que si añades que mi enemigo principal eres tú, te abrazo por la valentía y la franqueza.

GALO

¿Por la franqueza y añadiría un embuste?... Yo no soy enemigo tuyo, Salvador. Y la prueba es que estoy aquí pa ayudarte, si no te enfadas.

DOLORES

Con gravedad.

Salvador te dará las gracias. Siéntate, Galo.

SALVADOR

Endulzando el tono.

Siéntate, ya que lo ha dispuesto ella, y haz porque yo te dé las gracias. Te escucho.

GALO

Tan bien como yo sabes lo que se dice, porque ya se dice a gritos; pero pué que no sepas que ciertos bárbaros hablan de arrastrarte como de la cosa más sencilla.

SALVADOR

Sin perder la calma.

Galo, no seas medroso.

GALO

Ni tu temerario, Salvador. Ya sé que, uno a uno, los reventarías. Pero ¿los reventarías a tos juntos?... Un escorpión muere en un hormiguero.

SALVADOR

¿Y qué debo hacer pa que no me arrastren?

GALO

Después de un instante de vacilación.

Pues yo, en tu pellejo, me largaría. ¿A qué te expones aquí? A que te maten, o a ir a presidio

por desnucar a unos marrajos. Y la libertá vale mucho y la vida, más.

SALVADOR

Con serena energía.

Mucho; pero menos que la honra.

GALO

Persuasivo.

Y encajándote en presidio ¿no la perderías?... En cambio, si te largas, como la humanidá no tiene memoria, lo olvidará tó, y, cuando el asunto se aclare, podrás volver con la frente muy alta. No seas tonto y aprovecha la ocasión. *Intencionadamente.* Todavía hoy... te pués ir.

SALVADOR

Con lentitud, después de una pausa.

Soy tan torpe que ni a un niño le calaría la intención. ¿Cómo te la voy a calar a ti, con las conchas que el demonio te ha dao?... Y así, por si te expresas de buena fe, no te insulto; pero, por si me quiés perjudicar, no te doy las gracias.

GALO

Ni te las pido yo, que, como desconfías de mí, tampoco te pido tu amistá; pero eres mi pariente, aunque no quieras, y me he empeñao en que te salves.

SALVADOR

Con acerbidad.

¿Huyendo?... ¡Pues no se reirían poco los que nunca han podido levantar la cabeza delante de mí! ¡Eso quisieran los que pagaron lo debido mientras yo fuí alcalde, y los que en mis fincas trabajaron lo justo, y los cobardes a quienes quité de matones, y los envidiosos que se han gastao los dientes mordiendo en mi buena fama! ¡Pero no huiré! Que venga a arrastrarme el hormiguero... si se atreven los que lo guían. *Después de una pausa.* Tú eres uno.

GALO

Friamente.

¿No dijiste que no me ibas a insultar?

SALVADOR

Y no te insultaré. Y, sin insultarte, digo que

tú eres uno, y lo digo con pena, porque es verdá. ¿Qué semilla vienes sembrando en el casino y en la fábrica?

GALO

La que he necesitao sembrar pa defenderte, Salvador. *Con afectación.* Tengo muy tranquila mi conciencia. ¿Te han enterao de lo que he dicho? Pues te lo voy a referir, por si no te han enterao bien. He dicho que tu despeazarías al que le pegara a tu padre—pero, en el acto, y no después—y he agregao que nadie le pegó. Y he dicho, además, que tú, por orgullo, te matarías defendiendo a un hombre, si te conviniera su muerte. ¿Y qué muerte, Salvador, te convendría más que la de nuestro suegro, ya que, por no haber testao, te se queda tó su caudal entre las uñas? *Sonriendo.* Esta es mi semilla, Salvador.

SALVADOR

Resueltamente.

Pues veremos la cosecha que dá, porque no me voy.

GALO

Resignándose en apariencia.

Yo he cumplido con mi obligación.

SALVADOR

Con sequedad.

Y yo cumpliré con la mía.

GALO

Despidiéndose.

No ha podío ser, Dolores.

DOLORES

Con tristeza.

No ha podío ser, Galo.

SALVADOR

Enérgico.

Porque no debía ser. *Galo sale por la izquierda.*

DOLORES

Combatida por el miedo.

Salvador, muy seguro parece.

SALVADOR

Exaltándose.

¡No te asustes, por Jesucristo! Ocurra lo que ocurra ¿me debo yo escurrir como un criminal?

DOLORES

Rehaciéndose.

No. Ocurra lo que ocurra.

TRANQUILINO, *con el traje de diario, pero empuñando su vara, que aterroriza aunque no luzca las borlas de lujo, aparece en la calleja y se asoma a la ventana.*

TRANQUILINO

Mirando, receloso, a derecha e izquierda, como si estuviese cometiendo una acción punible.

En estos instantes no estaría bien que entrara en el domicilio de Salvador Linero una autoridá, y no estaría ni medio bien que esa autoridá le hablase a Salvador Linero. Y yo no le hablo ni a su esposa. Yo le hablo al ama de cria de su esposa.

MÓNICA

Que te lo agradece, hijo. *Aproximándose a la ventana.* ¿Qué tiés que hablarme?

TRANQUILINO

Pues yo, si en vez de ser el alguacil fuera el ama, le diría a Salvador: «Salvador, coge el caballo ahora mismo, y, por la sierra, cuélate en Portugal, y busca allí un reló de merengue que me se ha antojao, y no vuelvas hasta que yo te avise, o hasta que se hagan relojes de merengue.» Y no debo ser más expansivo... y me voy, pa que no me sorprendan.

DOLORES

No olvidaré el favor, Tranquilino. *El alguacil se va rápidamente, y Dolores mira con angustia a Salvador.* ¿Qué va a pasar?

SALVADOR

Lo que Dios quiera. Pero hemos quedao en aguantar aquí, pase lo que pase. No lo olvides, Dolores.

DOLORES

No lo olvidaré, Salvador.

QUINTÍN, *jadeante, entra por la derecha.*

QUINTÍN

¡Que vienen, Salvador! ¡Que no tardan un minuto!... ¡Y como fieras! ¡Tos como fieras! ¡Me he colao por el corral y he atrancao el postigo!

DOLORES

Envalentonada por el riesgo.

Pero ¿quiénes van a venir?

QUINTÍN

¡Los aserraores, los madereros, los de la banda!... ¡Un nublao! *Por Salvador.* ¡Que es un asesino... y que le tien que matar!

SALVADOR

Enérgicamente.

¡Breñales!

MÓNICA

¡Ay, Madre mía del Rosario!

DOLORES

Con un ardor terrible.

¿Conque es un asesino? Y ellos, que, siendo inocente, le asesinarían si pudieran ¿qué son?

Entra BREÑALES *por la derecha.*

SALVADOR

Cierra la puerta de la calle.

DOLORES

Y el portón. ¡Ligero! *Sale Breñales por la izquierda.*

QUINTÍN

Por la haza todavía se pué usté escapar. *Mónica llora calladamente.*

SALVADOR

Dándole una cariñosa palmada en el hombro.

Gracias, Quintín.

QUINTÍN

Como si se avergonzara.

Es que he comío mucho pan de usté.

DOLORES

Te lo pagará Dios, Quintín.

SALVADOR

Y también se lo pagaré yo.

Entra Breñales *por la izquierda, y en seguida sale por la derecha Salvador.*

QUINTÍN

En voz baja a Dolores.

Si se decide, lo planto en Portugal, sin que se enteren ni los conejos de la Sierra.

DOLORES

Suspirando.

Pase lo que pase, no se debe ir.

Se oye una especie de trueno lejano, que es el

rugido de la multitud que se aproxima. SALVADOR *entra, por la derecha, con una escopeta y una canana, que pone en el velador.*

QUINTÍN

Bueno, yo me voy a la azotea, porque me gusta oservar. Y un favor: si arranco algunos ladrillos pa metérselos en el cránio a mis mejores amistaes, no me riña usté. *Sale por la izquierda.*

SALVADOR

Breñales, tú ¿qué te figuras de mí? ¿Me creerías tú un asesino?

BREÑALES

¡Qué barbaridá!

SALVADOR

Y si vinieran a matarme y te pidiera auxilio ¿me dejarías abandonao?

BREÑALES

Escuchando, porque el trueno va acercándose.

Breñales ha sío un hombre desde que nació.

Ahora que yo me figuro que no le quedrán matar.

SALVADOR

Pué ser. Pué que no quieran; pero, si quieren, a los que me se arrimen les llenaré de plomo el celebro. Lo pongo en tu conocimiento pa que te vayas, si no te conviene danzar en este fregao.

UNA VOZ DE HOMBRE

Cerca de la casa.

¡Mueran los creminales! *Estalla un «muera» feroz.*

Se oye el estrépito de las pedradas que hieren las puertas y hacen fracasar los cristales. Dolores, con los labios apretados y los ojos brillantes de furia, cierra la ventana. Mónica se persigna y, llorando sin ruido, se acurruca en un rincón.

BREÑALES

Impávido.

Breñales, que desde que nació es un hombre, va a trincar su retaco.

LA VOZ QUE SE OYÓ ANTES

Mucho más cerca.

¡Muera el asesino! *El «muera» de la multitud es formidable por lo fragoroso y lo sañudo.*

SALVADOR

Rápidamente.

¡Súbete al pajar y tira contra tó el que salte la tapia! ¡Yo dejaré secos a los que rompan el portón! *Breñales sale a escape por la derecha. El ruido de las pedradas y los golpes cada vez es mayor.*

MÓNICA

Llorando.

Dios mío ¿iremos a perecer?

Dolores abraza nerviosámente a Salvador.

VARIAS VOCES

¡Justicia, justicia!

OTRAS

¡Vamos a arrastrarle!

UNA VOZ

¡Un hacha! ¡Venga un hacha! ¡Abajo la puerta!

Salvador coge la escopeta y mira hacia el patio, contraídos los músculos, con una rabia feroz. Dolores, junto a él, tiembla de angustia.

SALVADOR

¡No tengas miedo!

DOLORES

Trémula.

¿Por qué se han callao? ¿Habrán ido por el hacha?

SALVADOR

¡Es igual! ¡No tengas miedo! ¡Verás cómo huyen en cuanto dos o tres caigan patas arriba! ¡No tengas miedo!

DOLORES

Con la voz rota.

¡No lo tengo! ¡Aunque tiemble, no lo tengo!

¡Si es preferible que nos maten a que te digan asesino! *En un sollozo.* ¡Nuestro hijo, Salvador! ¡Si nuestro hijo los oyera!

SALVADOR

Enloquecido por el recuerdo.

¡No me lo mientes!

DOLORES

Con agudísima pena.

¡Nuestro pobrecito hijo, tan noble y tan honrao!

SALVADOR

Con desesperación.

¡No me lo mientes, o salgo pa pegar y morder hasta que me hagan trizas! *Al oir los primeros golpes del hacha en la puerta, que son festejados con rugidos por la multitud.* ¡Qué entren ya! *Gritando, ciego de furia.* ¡Cobardes, cobardes, cobardes!

MUCHAS VOCES

Mientras resuena el hacha.

¡Duro! ¡Más fuerte! ¡Ya está!... ¡Al portón!... ¡Al portón ahora! ¡Muera el asesino!

De pronto, seca y aguda, hiende el aire la amenaza de un toque de atención; se oye un clamor de huida, formado por imprecaciones varoniles y temerosos chillidos de mujer, y en seguida todo queda en silencio. QUINTÍN *entra precipitadamente por la izquierda.*

QUINTÍN

¡El juez y los civiles! ¡No ha quedao ni un mosquito en la calle!

MÓNICA

Entre sollozos y con un júbilo enternecedor, mientras Dolores llora de alegría.

¿Los civiles y el juez? ¡Benditos sean su alma y su corazón! *Abrazando a Dolores.* ¡Que vengan ahora a matarnos!

QUINTÍN

Inquieto.

Ustés me dispensarán; pero a mí me pone malo la justicia, y me voy. A *Mónica.* No se alegre tanto, que no hay cólera morbo peor que un juez. *Suena la aldaba del portón.* Vaya, salú. *Se va por la derecha.*

SALVADOR

Abre, Mónica. *Sale Mónica por la izquierda. Salvador suelta el arma en el velador y se aproxima al patio.* Adelante, caballeros.

Entran por la izquierda MÓNICA, DON GERMÁN, TRANQUILINO *y* BERNABÉ. *Bernabe, sin la facha de marrullero del escribano tradicional, parece un burgués apacible. Trae bajo el brazo un rollo de papel de oficio. En su traje se compensa la falta de botones por la sobra de manchas.*

DON GERMÁN

A Salvador.

Suerte ha tenido usted.

SALVADOR

Sin fanfarronería.

Y ellos.

DON GERMÁN

A Tranquilino.

Que los guardias se queden junto al portón, y usted espere en esa puerta.

DOLORES

Muy pálida, pero muy resuelta.

Don Germán, de mi marido, que le debe la vida, nadie pué decir que sea un mal pagaor. Y yo no soy desagradecía. Mande usté donde estemos, que como nosotros nadie le atenderá.

DON GERMÁN

Sin disimular por completo su contrariedad.

Usted no me debe nada, y su marido menos. Estoy aquí porque debo estar aquí. *A Salvador.* Cuénteme lo que ha pasado.

SALVADOR

Con recelo.

Y usté, ¿no lo ha visto mejor que nosotros?

DON GERMÁN

En un tono frio, en el que aletea una amenaza.

Yo he visto a unos centenares de hombres que apedreaban esta casa, gritando contra usted y animando a los que pretendían derribar la

puerta. Pero la razón de ese allanamiento de morada, que me ha traído aquí y que se castigará, ¿cuál es?

DOLORES

Herida por el tono de don Germán.

¿Cuál há de ser? ¡La envidia y el odio de la mala gente!

DON GERMÁN

A Salvador, sin mirar a Dolores.

Y usted, ¿por qué inspira ese odio?... A usted no le han odiado jamás ni los que le temían, que eran bastantes. ¿Por qué ahora le odia medio pueblo?... Algún motivo habrá.

DOLORES

Con entereza.

¡Ninguno!

DON GERMÁN

A Salvador.

Conteste.

SALVADOR

Ya ha contestao mi mujer. Ninguno.

DON GERMÁN

Con un leve matiz de ironía.

Entonces, los que le hubieran asesinado si no llego yo, ¿le querían asesinar por gusto? ¿De nada le acusaban?

DOLORES

Con violencia.

¡Demasiao lo sabe usté!

SALVADOR

¡Me acusaban, como unos bandoleros cobardes que son, de una infamia tremenda!

DON GERMÁN

Con frialdad.

¿De qué infamia? *Salvador, furioso, se oprime las manos sin contestar.* ¿No me quiere responder?

DOLORES

Con irritación.

Como usté no es sordo, habrá oído lo que dicen.

DON GERMÁN

Imperturbable.

Y su marido, ¿teme repetir lo que dicen?

SALVADOR

Altivamente.

¡Yo qué he de temer! ¡Me da asco; no miedo! *Mordiendo las palabras al hablar.* Me acusan..., ¡canallas!, me acusan de haber matao a mi suegro y a su hijo Domingo.

DON GERMÁN

Después de unos segundos de silencio, con mucha lentitud y como si preguntase algo sin importancia.

Y usted, ¿está seguro de no haberles matado?

Dolores y Salvador se miran enmudecidos por un estupor doloroso. De súbito, la mujer rompe a llorar.

DOLORES

Con ira, pena y vergüenza.

¡Salvador, que a un hombre que no es un bruto sin istrucción, aunque sea juez, no se le pué consentir esa pregunta! ¡Defiéndete!

SALVADOR

Haciendo esfuerzos titánicos por no arrojarse contra don Germán.

¡Más vale que no me azuces!...

DOLORES

Terriblemente exaltada.

¡Defiéndete!

SALVADOR

¡Calla, Dolores!

DOLORES

A don Germán.

¿Y pa esto nos ha salvao usté?

SALVADOR

Trémulo.

¡Calla, Dolores! *Con una sonrisa que es una mueca.* Don Germán preguntará forzao por alguna denuncia; pero sin mala intención. ¿Verdá que pregunta usté porque lo exige su carrera y sin mala intención?

DON GERMÁN

Así es.

SALVADOR

Fingiendo una alegría que está lejos de sentir.

¿Te convences, Dolores?

DON GERMÁN

Sin mala intención, y porque lo impone la ley, he de seguir interrogándole; pero, a solas, porque, usted, delante de su mujer, carecería de la necesaria libertad. *Recalcando.* En estos momentos, es el amigo el que le interroga, Salvador. *A Dolores.* Entérese para que esté tranquila, y tenga la bondad de salir.

SALVADOR

Viendo que Dolores vacila.

Sal. ¿No te has enterao de que viene como amigo?

DOLORES

Con desesperación.

Pero ¿no comprendes que te hará decir lo que quiera, enreándote, porque su oficio es enrear?... ¡Piensa en lo que ya te ha preguntao! ¿No sabes que la obligación de la justicia es mandar gente a presidio? ¿Y no te espantas?

DON GERMÁN

Severo.

A la justicia no le temen más que los criminales.

DOLORES

Sollozando.

¡Y los que, de puro infelices, como mi Salvador, no se puén defender!

SALVADOR

Esforzadamente.

¡No seré ahora tan infeliz! ¡Vete tranquila!

DOLORES

Abrazándole.

¡Y pa esto nos ha salvao!

Sale por la izquierda, llorando nerviosamente. Mónica, a la que el escribano despide con un gesto, sale detrás de ella, y, entonces, Bernabé pone en la mesa la canana y la escopeta, desenrolla el papel de oficio, que le servía de cárcel a una pluma, saca de la faltriquera un tintero de los de tapón atornillado, se acomoda junto al velador y se dispone a escribir. Don Germán cierra las dos puertas.

SALVADOR

A Bernabé, sonriéndose, aunque sus preparativos le han espantado.

Bueno, si mi mujer le hubiera visto estirar esos papelotes, se habría figurao que nadie me libraba de la horca. *A don Germán.* Y eso que, aunque los jueces estudian pa meter gente en la

cárcel, también estudiarán un poquito pa que no vaya a la cárcel la persona que no deba ir. Me figuro yo que lo mismo que se busca al criminal pa encerrarlo, se buscará al inocente pá salvarlo.

DON GERMÁN

Pero como se salva al inocente buscando al culpable... Y, para demostrar que no se es culpable, el instrumento de más fuerza es la verdad. Defiéndase, pues, con la verdad.

SALVADOR

No me apartaré de ella.

DON GERMÁN

Se dice en la población que se ha cometido un delito, y hay razones para creer que esto es cierto, ya que don Segundo Retamar y Domingo Lora, su ahijado, que le acompañaba, han desaparecido hace más de cinco días, en circunstancias que nos vedan rechazar los más tristes augurios. He telegrafiado a los puntos de la región que solía visitar su suegro, y nadie le ha visto. Mi deber me obliga a averiguar si don Segundo y su ahijado han sido víctimas de un cri-

men, para perseguir a los culpables. ¿Cuento con su ayuda?

SALVADOR

Desconcertado.

Naturalmente. Pero, yo...

DON GERMÁN

Usted ¿ignora donde están?

SALVADOR

¡Claro!

DON GERMÁN

No, sin precipitación. Medite sus respuestas.

SALVADOR

¿Y con qué ojecto?

DON GERMÁN

Gravemente.

No siga por ese camino, Salvador. *Con firme*

convicción. ¡Usted debe saber donde están! *Persuasivo.* Medite, porque no hago arbitrariamente esta afirmación.

SALVADOR

Pero ¿en qué?... ¿Y para qué?... ¿Y por qué?... Hace unos minutos que hemos empezao a hablar, y ya me duele la cabeza. Así ¿cómo le voy a ayudar? *Con angustia.* Y quisiera ayudarle, pa ayudarme. Sino que ¿quien aguantaría, sereno, sus preguntas? Que yo debo saber donde están. ¿No es eso terrible y enormísimo pa mí? ¿Los he matao yo, o los he secuestrao yo?

DON GERMÁN

Con impaciencia.

Y vuelvo a preguntarle: ¿tiene la seguridad de no haberlos matado, o secuestrado?

SALVADOR

Con creciente angustia.

¡Es una pesadilla!

DON GERMÁN

He comenzado a indagar y existen indicios que le comprometen.

SALVADOR

Temblando.

¿A mí? Piense usté lo que asegura, don Germán.

DON GERMÁN

¿Y se imagina que no lo he pensado y que se me caerá del pensamiento cuando le interrogue?... *Después de una pausa.* Ya es el juez y no el amigo el que se dirige a usted. *Sentándose.* ¿Cómo se llama?

SALVADOR

Suplicante.

Pero, don Germán...

DON GERMÁN

Enérgico, mas sin aspereza.

Yo no soy ahora don Germán Páramo: yo soy el juez de instrucción, y usted, un desconocido a quien interrogo.

SALVADOR

En voz baja y santiguándose, invadido por un mortal pavor.

¡En el Santo Nombre del Padre!

DON GERMÁN

A Bernabé.

Puede ir consignando. *A Salvador.* ¿Cómo se llama usted?

SALVADOR

Con la voz apagada.

Salvador Linero Suárez.

DON GERMÁN

¿Edad?

SALVADOR

Cuarenta y cinco años.

DON GERMÁN

¿Su estado?

SALVADOR

Con una emoción que le enronquece.

Tengo un hijo de mi mujer legítima.

DON GERMÁN

¿Su profesión?

SALVADOR

Trabajo en mis heredaes.

DON GERMÁN

¿Ha sido procesado alguna vez?

SALVADOR

Después de una pausa, con triste altivez.

Yo le agradecería al señor juez que no me ofendiera.

DON GERMÁN

Con blandura.

Al preguntarle lo que exige la ley no le ofendo. ¿Ha sido procesado?

SALVADOR

No, señor. Nunca.

DON GERMÁN

Pasemos, ahora, a lo fundamental. *Con benevolencia.* Como no tiene delante a un enemigo, serénese usted y conteste con calma. El 6 de Julio, día del Patrón de este pueblo, ¿qué hizo usted? *Salvador vacila.* La fecha es muy reciente y el día muy señalado para que no recuerde usted todo lo que hizo.

SALVADOR

Tan turbado, que no recuerda realmente.

Es que hice tantas cosas...

DON GERMÁN

Refiéralas usted.

SALVADOR

Indeciso.

Estuve en misa... dormí la siesta después de almorzar...

DON GERMÁN

Atajándole.

No. Calma, calma. Despacio. Prescindiremos

de lo que ocurrió en la calle con Juan Herrera; pero de lo que ocurrió en esta casa, no. Antes de almorzar, ¿que hizo usted, estando aquí, entre otras personas, su padre, su suegro, Domingo y Galo? ¿No maltrató usted a ninguno?

SALVADOR

Algo rehecho, porque la importancia de la pregunta le hace apelar a toda su energía.

Según a lo que se llame maltratar. Trinqué por el pescuezo a Domingo y le dí un manotón a Galo; pero ahí va la disculpa. Mi padre, que bebió contra su costumbre, se fué de la boca con mi suegro y le zamarreó; y mi suegro, que tampoco tenía toa su serenidá, de un envión le tiró al suelo. Y como no era cosa de que yo le pegara al padre de mi mujer, y como lloraba el mío, y como los cuñaos no tuvieron prudencia..., pues pasó lo que pasó, que no espantará ni al más mirao.

DON GERMÁN

Continúe. ¿A dónde fué por la tarde, y en qué lugar pasó la noche y qué hizo?

SALVADOR

Un poco más animado.

Por la tarde, me senté en la plaza con mi mujer; a prima noche, estuve en la botica jugando a las cartas con el dueño y con mi amigo don Germán Páramo, y después, pa no dejar solo a mi padre—porque los jornaleros holgaban, por ser el día del Patrón—me fuí a dormir a la era.

DON GERMÁN

Siga usted.

SALVADOR

Y ya ¿qué voy a decirle?

DON GERMÁN

Mirándole fijamente.

Lo principal. Falta en su relato lo principal: lo que ocurrió en la era.

SALVADOR

¿Y qué ocurrió en la era?

DON GERMÁN

Eso usted me lo dirá. Yo lo único que sé es que, al otro día, al alba, trajo usted a su padre gravemente herido en el cráneo.

SALVADOR

Vivamente.

Porque se cayó y tuvo la desgracia de darse contra el filo de una piedra. ¡Si de tó vamos a sacar partío!... ¿Es que mi padre no se pué caer?

DON GERMÁN

Sí; pero yo dudo que se cayera. O, mejor: yo no creo que se cayera. *Con resolución, después de una pausa.* Responda con sinceridad. ¿No le golpearía algún enemigo?

SALVADOR

Con energía y rapidez.

¡No!

DON GERMÁN

Con lentitud y en tono de reconvención.

Quedó usted en defenderse empleando la verdad. Olvidándolo se perjudicaría.

SALVADOR

¡Digo la verdá, señor juez!

DON GERMÁN

¿La verdad, y no declara que hirió á su padre un enemigo?

SALVADOR

Apasionadamente.

¡Porque eso es falso! ¿Quién le iba a herir si no vimos a nadie?

DON GERMÁN

Con la astucia de un gato que acecha a un ratón.

¿A nadie, a nadie?

SALVADOR

Con decisión.

¡A nadie!

DON GERMÁN

Alzando la voz con severidad y energía.

¿Y si yo le probara que miente? ¡Porque ha mentido! ¡Porque Manuel Monje, gañán de la cortijada de Valmar, logró sorprender a su padre de usted hablando con don Segundo a cien metros de la era!

SALVADOR

Dejándose caer de golpe en una silla, con un terror que no pretende ocultar.

¡Hijo mío! ¡Hijo de mi corazón!... Es verdá, señor juez. *Desesperado.* ¡Qué ruina pa mi hijo!... *A don Germán.* Es cierto. Los verían hablar, porque hablaron.

DON GERMÁN

¿Y cómo ocultaba usted un suceso de tan extraordinaria importancia?

SALVADOR

¡Porque comprendí su importancia, señor juez! ¡Por eso mismo! ¡No soy tan negao!... Pa no alimentar a la malicia, me lo callé hasta junto a mi

compañera, aunque los viejos, en vez de pelearse, echaron pelillos a la mar en su conversación.

DON GERMÁN

Irónico.

¿Y mientras se reconciliaban se cayó su padre de usted?

SALVADOR

Con una emoción que le hace hasta elocuente.

¡Por la Virgen Santísima, don Germán!... ¿Nos quiere usté perder? ¡Que usté es un hombre bueno y honrao, don Germán!... Voy a contárselo todo tal y como pasó. ¡Tal y como pasó! ¡Se lo juro por la felicidá de mi hijo, por la honra de mi mujer, por la salú de mi padre y por la salvación de mis muertos! *Ahogado por el llanto.* ¡Y que se condene mi alma si no es la verdá lo que sale de mi boca!

DON GERMÁN

Ablandado.

Agua.

Tranquilino le dá un vaso de agua a Salvador, que bebe unos sorbos y se limpia las mejillas, avergonzado de su debilidad.

SALVADOR

Gracias, señor juez. Verá usté lo que pasó. Volvía del pozo mi padre y se los tropezó al atravesar el camino; y mi suegro, que estaba alegrete, saltó: «Hombre, Bernardo, me he portao mal contigo, y te agradeceré que me perdones.» Con lo cual, mi padre, que sin bebida es un cordero, le abrazó, y se vinieron a la era en amor y compaña, y abracé yo también a Domingo y hubo la mar de faternidá.

DON GERMÁN

¿Y por qué riñeron ustedes otra vez?

SALVADOR

Con la valentía de la desesperación, presintiendo que si se acobarda sucumbirá.

Pero ¿todavía, don Germán de mi alma? ¿No he jurao? ¿Soy yo capaz de jurar falsamente? ¿Es que no nos conocemos?... Bernabé me conoce desde que yo era niño y Tranquilino desde que era niño él. ¡Que digan si tengo malas ideas! Y a usté, que es un talentazo, ¿le voy yo a parecer un criminal?... Ea, dejemos aquí el asunto. Usté, aunque equivocándose, ha cumplío con su

obligación, y ni me acordaré de lo que me ha martirizao. Pero quédese aquí tó y que se rompan esos papeles. ¡Cuenta nueva! *Ofreciéndole la diestra.* ¿La mano de amigo, don Germán?

DON GERMÁN

Con una punta de emoción.

Sus explicaciones no son satisfactorias... y me veo obligado a procesarle y a detenerle.

Abre la puerta de la izquierda y llama con un ademán a TRANQUILINO, *que se asoma inmediatamente.*

SALVADOR

Con tanta cólera como espanto.

¿Que me va usté a prender?

DON GERMÁN

Al alguacil.

Condúzcale a la cárcel y que le incomuniquen. Los guardias le escoltarán.

SALVADOR

Sollozando con un desconsuelo infinito.

¡Hijo mío! ¡Hijo de mi corazón! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la sala de audiencia de la cárcel, que es una sórdida habitación enjalbegada no muy recientemente. A través de los sucios cristales de un balcón enano que hay en el muro del fondo, se ve algo de la parda fachada de una iglesia. Exorna el testero de la derecha uno de esos retratos de doña Cristina que se litografiaron cuando fué Regente. Delante del cromo le brindan su mugre a las moscas de la tristísima estancia un sillón y una mesa de indiscutible plebeyez. A la izquierda hay una puerta y a cada lado del balcón dos sillas de Vitoria.

DON GERMÁN, *sentado en el sillón, y* BERNABÉ, *que se retrepa en una silla, han terminado de almorzar, y, fumando voluptuosamente, paladean los últimos sorbos de café.*

DON GERMÁN

Hoy quedará todo más claro que el agua. *Bernabé mueve la cabeza, haciendo un gesto dubitativo.* ¿Lo duda usted?

BERNABÉ

¡Qué sé yo! Es el hombre tan testarudo...

DON GERMÁN

Ya cambiará cuando se vea acorralado.

TRANQUILINO

Desde la puerta.

¿Da usía su permiso?

DON GERMÁN

Con la jovialidad del que ha llenado a gusto el estómago.

Adelante. *Entra el alguacil.*

TRANQUILINO

Emocionado.

Otra vez la Dolores. Me ha dicho que si no la dejo visitar a su marido, me dará una pedrá pa que la meta en el calabozo con él. Y es capaz. *Estremeciéndose.* Y eso que no ha oído sus voces.

DON GERMÁN

¿Se ha tranquilizado ya?

TRANQUILINO

¡Gracias a Dios! Parecía que el pobre se iba a volver loco. Ahora está tendido, como muerto.

DON GERMÁN

Habrá sufrido una de esas crisis que suelen preceder a la confesión. Dígale a su mujer que pronto le verá. Estoy seguro de que antes de una hora podré levantarle la incomunicación.

TRANQUILINO

¿Manda usía algo más?

DON GERMÁN

Que suba Quintín. Voy a continuar vareándolo. *Se pone el birrete.*

El alguacil coge las tazas y se las lleva, y el escribano saca sus papeles del cajón, se limpia la pluma en un aladar, e imitando al juez, tira el pitillo.

BERNABÉ

Con buen humor.

Veremos lo que tarda en meterse en la boca del galgo la liebre que va a venir.

DON GERMÁN

Sonriéndose.

Cansadilla corre ya.

Entra QUINTÍN. *La palidez del rostro y el recelo de la mirada denuncian la medrosía que le sobrecoge; pero esta medrosía no es de liebre, sino de zorro. Tranquilino, que le acompañaba, se retira, y cierra la puerta.*

QUINTÍN

Saludándole respetuosamente.

Siempre a la disposición de usía eselentísima.

DON GERMÁN

Socarrón.

Celebro encontrarle en tan buena disposición, porque voy a seguir interrogándole.

QUINTÍN

Si se empeña usía eselentísima... Pero yo he vaciao ya mi saco.

DON GERMÁN

Alguna cosilla quedará en el fondo. Y escúcheme, que tal vez lleguemos a estar conformes.

QUINTÍN

Escandalizado.

¡Por Dios! Yo estoy conforme con su eselencia en tó lo que se le antoje a su eselencia.

DON GERMÁN

Pero, hasta ahora, en media mañana, sólo he logrado que confiese usted que saltó los tapiales del cortijo de Valmar para coger unas gallinas, y que escondió esas gallinas en un agujero que hay, cerca del agua, en el pozo de Vadollano, agujero que utiliza usted como despensa.

QUINTÍN

¿Y le parece poco a usía?

DON GERMÁN

Muy poco. ¿Por qué ha confesado? Porque le siguió a usted un gañán de los que dormían en la cortijada, Manuel Monje, y descubrió el escondrijo. Y frente a su despensa, ¿cómo iba a negar? Pero si está claro este asunto, el otro, mucho más importante, no lo está, porque no le ayuda usted a la justicia.

QUINTÍN

Fingiendo un grandísimo dolor.

¿Que no le ayudo a la justicia?... ¡Pena me da de oirle, señor juez! Por ayudarle a su reverencia, ¿qué no haría yo? ¿Cómo le daría gusto?

DON GERMÁN

No mintiendo. Si el gañán, al seguirle a usted, divisó a don Segundo, Domingo y tío Bernardo, ¿cómo no los vió usted, que se hallaba más cerca?

QUINTÍN

Con el candor de una paloma.

Tiene usía eselentísima y reverendísima la ra-

zón de un santo. ¿Cómo no los vi?... Porque si Manuel, que era el que me seguía, ve más que un lince, yo veo más que un águila. Ahora, que si Manuel ha dicho que los vió, por darse tono, y no los vió... A no ser que yo estuviese adormilao.

DON GERMÁN

Con la alegre seguridad del jugador que tiene los triunfos.

Usted los vió.

QUINTÍN

Como si reconviniese a un amigo.

¡No se burle de mí su reverencia!

DON GERMÁN

Usted los vió. Me lo ha dicho un testigo, al que no osará desmentir. *Sacando del cajón un cigarro habano.* Éste. ¿No le oye usted hablar?... Dice que perteneció a don José Contreras, que es la única persona de la comarca que fuma habanos de tanto precio, y que salió de su huerta en el bolsillo de don Segundo Retamar. Y si salió en el bolsillo de don Segundo Retamar,

¿cómo lo halló la guardia civil en el escondite de usted, junto a las gallinas robadas? ¿Voló el puro y se escondió por simpatía hacia usted?... No; porque los puros no se esconden ni vuelan, aunque sean habanos. Luego para quitárselo, o para recibirlo en calidad de obsequio, tuvo usted que ver a don Segundo. ¿Conformes?

QUINTÍN

Acariciándose las narices con socarronería.

¿Y no pude encontrármelo, ilustrísimo señor?

DON GERMÁN

Jugando con el pícaro.

Indudablemente. Como que se lo encontró usted. Por estas razones: ¿Debemos admitir que le regalase el cigarro don Segundo?... Don Segundo no le hubiera consentido ni apurar la colilla.

QUINTÍN

Admirado.

¡Qué bien conocía al pobre su reverencia!

DON GERMÁN

¿Y podemos creer que usted se lo arrebatase?... De ningún modo, porque don Segundo tenía más astucia, más fuerza y más valor que usted.

QUINTÍN

Conforme. *Fingiendo que se enjuga una lágrima.* Y que Dios le pague a usía eselentísima su imparcialidá. *Al escribano.* ¡Este es un juez!

DON GERMÁN

De manera que se encontró usted el habano. Pero ¿dónde se lo encontró?

QUINTÍN

Enérgico.

¡En el camino! ¡Se lo juro!

DON GERMÁN

Risueño.

Si yo aceptara esa interesante afirmación, no sería imparcial, y lo soy. Se lo encontró usted en el bolsillo de don Segundo, y don Segundo

se lo dejó quitar porque, en aquellos instantes, acababa de morir.

QUINTÍN

Espantado.

¡Señor juez!

DON GERMÁN

Calmoso.

No se espante. Por estudiar las cosas con imparcialidad, tengo la convicción de que usted solo habrá intervenido como sepulturero.

QUINTÍN

Cada vez más aterrado.

¿Yo, señor ilustrísimo? ¿Por quién me toma su reverencia? Yo, que no sirvo pa trabajar, seré tó lo ladrón que a usía se le antoje. ¡Pero tan honrao como el primero! Y voy a relatarle cuanto sé, igual que si estuviera, en el día del Juicio, delante de nuestro Señor. Escondí las gallinas cuando se apartó del pozo tío Bernardo, que había ido por agua y que llevaba colgá la escopeta , y, al salir yo del pozo, le vi en el camino con don Segundo. Había dejao el cantarillo en

el suelo y manoteaba tanto al hablar que temí que peleasen. Sino que ocurrió tó lo contrario, porque don Segundo y Domingo le darían satisfaciones, y los tres, buenamente, se metieron en el olivar.

DON GERMÁN

¿Seguidos por usted?

QUINTÍN

Pero, sin intención, porque yo iba al huerto del Raposo pa tomar un bocao y dormir al pie de una higuera, como otras noches. Y, ya me estaba durmiendo, cuando sonó un tiro en la era y, pa no comprometerme si se habían enzarzao, eché a correr. Y ahora su reverencia pué hacer conmigo lo que le dé más rabia, que se ha acabao el jugo de este limón.

DON GERMÁN

A Tranquilino, *que entra al oir la campanilla.*

Lléveselo y que suba Salvador. *Salen Tranquilino y Quintín.* ¿Qué dice hoy el médico? ¿Se morirá tío Bernardo?

BERNABÉ

No; pero han de pasar muchos días antes de que declare.

DON GERMÁN

Con indiferencia.

Como ya hasta podríamos prescindir de sus declaraciones...

BERNABÉ

Sí. Después de lo del tiro...

DON GERMÁN

Queda con una brecha demasiado grande Salvador.

Entra SALVADOR *desemblantado, con la cabellera alborotada y el traje roto y sucio. En su mortal abatimiento hay relámpagos de sombría cólera.* TRANQUILINO, *que le trae, se retira y cierra la puerta.*

BERNABÉ

Con una frialdad menos impasible que la que se admira en los de su oficio.

Está usted procesado, y este es el auto de procesamiento. Firme usted aquí.

SALVADOR

Amargamente.

Cavaré yo mismo en la sepultura que me quieren ustés abrir. Lo que importa es que se abra y no quien la abra. *Firma en el lugar indicado vor Bernabé.*

DON GERMÁN

Siéntese. *Salvador se deja caer en una silla que hay frente a la mesa, y se cubre el rostro con las manos.* Es preciso resignarse y emplear bien la energía. *El perseguido se encoge de hombros.* Si hubiese roto la puerta ¿cree que se habría podido escapar?

SALVADOR

Con hurañiá y desdén.

¿Y quién ha dicho que yo me quería escapar?

Igual me tiré contra la puerta que contra las paredes.

DON GERMÁN

Con blandura.

¿Y qué ha conseguido con eso? ¿Es que así mejorará su situación?

SALVADOR

No. Yo ni soñaba en mejorar mi situación. *Con fiereza y amargura.* Yo pensaba que, un día antes, tenía hijo, mujer, padre, honra, amigos, influencia, dinero, libertá... ¡y que de pronto me lo habían quitao tó! Y, pa no pensar, me tiraba contra las paredes.

DON GERMÁN

Pero ¿por qué le han quitado todo eso?

SALVADOR

¡Ah! Usté lo sabrá, que es el que me lo ha quitao.

DON GERMÁN

Con una leve emoción.

Yo, no: la ley. Yo, que no soy su enemigo y que le compadezco, le trataré con blandura, ya que la justicia es perfectamente compatible con la caridad.

SALVADOR

¿Con la caridá? ¡Con el presidio y con la horca! ¿A qué juez le importa el inocente?... Pa un juez, el criminal es lo único que vale y por eso es lo único que busca. Y, así, usté, que era hasta mi amigo, no trabaja por demostrar que yo no he matao a mi suegro, sino por demostrar que lo he matao.

DON GERMÁN

Con benevolencia.

Se equivoca usted. Yo no quiero probar que usted ha matado a su suegro; yo me propongo descubrir quién lo ha matado, que es distinto. Y me propongo descubrir al matador para que ningún inocente padezca. Ante un presunto criminal, todo juez que sea honrado y conocedor de

su oficio, tiende una red tejida por la cultura, la lógica, la experiencia y el tesón, y en esa red, que es de hilos de araña para la inocencia y de cables de acero para la culpabilidad, queda cogido el delincuente.

SALVADOR

Con energía.

¡Entonces no quedaré yo cogío!

DON GERMÁN

Pero ¿seguirá usted negando? Usted ha sido siempre digno y valeroso. ¿Por qué no confiesa la verdad?

SALVADOR

¿Y por qué se figura usté que no es verdá lo que digo? ¿Porque me favorece?

DON GERMÁN

Severo.

Porque usted me ha engañado ya. ¿No declaró que no había visto a don Segundo?

SALVADOR

Ya le expliqué ese engaño. *Con acritud.* No iba a decir lo que me perjudicaba.

DON GERMÁN

Irónico.

Y como hay otros graves acontecimientos que le perjudican, continúa engañándome.

SALVADOR

Entre abrumado e iracundo.

¡Déjeme ya, por Dios! ¿No he declarao lo que debía y lo que no debía declarar?... ¡Pues déjeme! Los hombres no somos de piedra. No he comío, no he dormío... Estoy más torpe de lo que soy naturalmente... ¡y me da miedo de usté! *Apretando los puños coléricamente y con la voz mojada en lágrimas.* ¡Va usté a enrearme con su habilidá, va usté a perderme!

DON GERMÁN

Secamente.

Es necesario que hable usted. Pronuncie sólo unas palabras y le dejaré tranquilo.

SALVADOR

Revelándose.

¿Más palabras? ¿Y las de ayer? ¿Y las de hace dos horas?... ¡No! ¡No saldré de lo dicho, porque no pasó más que lo dicho! Que se encontraron, que hicieron las paces, que nos abrazamos Domingo y yo... ¡Y ná más!

DON GERMÁN

Observándole con atención.

Falta algo. Y algo de un interés enorme y de una importancia decisiva: el tiro.

SALVADOR

Asombrado.

¿Qué tiro?

DON GERMÁN

Imperturbable

El que, estando todos en la era, disparó su padre de usted.

SALVADOR

Levantándose violentamente.

¿Mi padre? ¿Que mi padre disparó un tiro?...

Sin comprender el alcance de la afirmación del juez. ¿Qué novedá es esa?... ¿Por qué me habla de tiros, si no hubo tales tiros, ni sé yo ná de tiros?... Y que pudo dispararlo un cazador.

DON GERMÁN

¡Ah! ¿Fué un cazador?

SALVADOR

Naturalmente.

DON GERMÁN

Irónico.

¡Un cazador... que caza de noche! ¡Bien!

SALVADOR

Vivamente.

¡Pero había luna y estrellas! *Con la rabia del que se ve burlado.* ¡Y que, además, yo no oí el tiro! ¡Me hace usté confesar lo que le conviene! ¡Me lleva usté como a un ciego! ¡Abusa usté de un hombre que no se sabe defender y que está acalenturao!... ¡No oí ningún tiro!

DON GERMÁN

Afable.

¿Ve usted cómo me engaña? *A* TRANQUILINO, *que entra al oír la campanilla.* Que suba Quintín. *Sale Tránquilino.* Siéntese. Descanse. *Al notár que se enjuga nerviosamente el sudor.* ¿Se encuentra usted mal? ¿Quiere tomar una taza de caldo, un refresco?...

SALVADOR

Rencoroso.

¡No sonó ningún tiro! ¡No voy a declarar que sonó porque usté me convide ahora! ¡Tan bestia no es uno!

DON GERMÁN

Sonriéndose, apiadado.

Yo no quiero que diga más que la verdad, y solo por servir a la justicia. *Bondadosamente.* Vamos, tome algo, si lo desea.

SALVADOR

¡No estoy en capilla! Toa esa amabilidá viene de que se figura usté que me ha pescao. ¡Sino

que no me ha pescao, porque no se pué pescar al inocente ni con una ré que hiciera el mismo demonio!

Entra QUINTÍN, *que se turba al ver a Salvador. Éste, levantándose, le mira con recelo.* TRANQUILINO *se retira y cierra la puerta.*

DON GERMÁN

A Quintín.

Usted ha dicho, al referir cómo vió a tío Bernardo y a don Segundo, que los dos viejos, manoteando de tal manera que se imaginó que iban a pelearse, entraron en el olivar, seguidos por Domingo. Y ha agregado que, hallándose al pie de una higuera, en el huerto del Raposo, oyó un tiro en la era de Salvador.

QUINTÍN

Justo.

DON GERMÁN

No me lo diga a mí. Recuérdeselo al procesado, que no oyó el tiro.

QUINTÍN

A Salvador, con sinceridad.

Lo siento. No había pensao en esta complicación.

Con desdén.

SALVADOR

¿Qué te ha valío, Judas?

QUINTÍN

Con dignidad.

El disgusto de que me llamen sepulturero. Pa que no me lo llamaran, he contao lo que ví y lo que oí. Pero, como no soy un Judas, siempre he estao a su vera de usté. La justicia no me crucificará, porque no tengo vocación de Cristo; pero no me pagará, porque tampoco tengo vocación de Judas.

SALVADOR

Sarcástico.

Entregas de balde.

QUINTÍN

Por inorar. Y no es un pecao inorar. *Toca la campanilla el juez, y entra en seguida* TRANQUILINO.

DON GERMÁN

Al alguacil.

Lléveselo. *Sale Quintín con Tranquilino.* Y ahora, ¿se empeñará en seguir engañándome? ¿Quién disparó ese tiro?

SALVADOR

Con sequedad.

Yo.

DON GERMÁN

Con una incredulidad absoluta.

Es curioso. Llevando su padre la escopeta ¿disparó usted?

SALVADOR

Con acritud.

No le saque usté punta a lo de la escopeta, porque será inútil. Habíamos divisao unos bultos sospechosos, y, por miedo a que nos quita-

ran las caballerías, nos preparamos. Mi padre fué al pozo con la escopeta por la sencilla razón de que se corrieron hacia allí. Pero luego la cogí yo... ¡y yo disparé!

DON GERMÁN

¿Contra uno de los cuatreros?... Y usted, que es un tirador admirable ¿cómo no le acertó?

SALVADOR

¡Porque no tiré a dar; tiré a asustar! Yo no mato a un hombre ni por mil bestias.

DON GERMÁN

Como le conozco y sé que, efectivamente, no mataría usted a una criatura ni por mil bestias, le creería si hubiesen parecido, sanos y salvos, su suegro y Domingo. Pero, como parecerán, con un solo balazo don Segundo, y con una o varias puñaladas su acompañante...

SALVADOR

¡Pues hasta que parezcan, déjeme tranquilo! ¡Todavía no estoy en su ré!

DON GERMÁN

Con una punta de tristeza.

Está en mi red. Se ha metido usted solo en mi red... y para no salir. Ya mi labor se reduce a poner en claro algunos puntos, y su padre, que mejora y que le acompañará aquí en cuanto su salud lo permita, los esclarecerá facilísimamente.

SALVADOR

Con una emoción terrible.

¿Mi padre? ¿Ha dicho usté que me acompañará aquí? ¿Va usté a prenderlo?

DON GERMÁN

En cuanto se cure. ¿Creía usted, acaso, que iba a dejarle en libertad?

SALVADOR

Con un terror trágico.

¿Y por qué le va a prender? ¿Se figura quizás?...

DON GERMÁN

Interrumpiéndole.

No necesito figurarme nada, porque lo fundamental de lo ocurrido, lo sé. ¡Sé que a una agresión, de palabra o de obra, contestaría don Segundo con un brutal culatazo, y que su padre de usted, al verse herido, le dispararía!

SALVADOR

Que escucha anhelante.

¡No, no! ¡Falso!

DON GERMÁN

Como si no le oyera.

Y entonces intervino usted. Domingo, colérico por naturaleza y fuerte como el acero, se arrojó contra el matador de su padre con un furioso ímpetu, y usted, para que no le acuchillara, le acuchilló.

SALVADOR

Con una exaltación tremenda.

¡Falso, falso, falso!... ¡Quiere usté perder a mi padre!

DON GERMÁN

Desdeñoso.

¿Yo?... Que demuestre que está limpio de culpa.

SALVADOR

Con desesperación.

Pero ¿cómo va a demostrarlo, si sabe menos que yo? ¿Qué es un triste inorante entre las manos de un juez? ¿Qué podemos hacer nosotros, sino negar, y pa qué sirve negar si no le creen a uno?

DON GERMÁN

Porque sus negativas no son lógicas. ¿Hay aquí ladrones? ¡No! ¿Tenía enemigos peligrosos don Segundo? ¡No! ¿Había ofendido a alguien? ¡A ustedes! ¿Con quién se le vió por última vez? ¡Con su padre!

SALVADOR

Aplastado.

Con mi padre. Es verdá.

DON GERMÁN

Y no añado que su muerte le convenía a us-

ted más que a nadie, porque me consta que usted no es ambicioso. Le hago justicia. Tengo la convicción de que sobre el cadáver se encontrarán los quince mil duros y este desinterés—demostración palpable de su bondad nativa—le será muy útil. ¡No, usted no es un perverso! Usted ha matado enloquecido por el amor filial, como su padre ha matado enloquecido por la cólera.

SALVADOR

¡No! ¡Mi padre, no!

DON GERMÁN

Reconviniéndole con dulzura.

¡Vamos!... Es absurdo negar. Dígame, para que terminemos de una vez y le deje tranquilo, dónde están los cadáveres.

SALVADOR

Obsesionado.

¡Mi padre, no! ¡Mi padre, no! ¡Mi pobrecito viejo inocente, no!

DON GERMÁN

Afectuoso.

Hable y no se atormente más.

SALVADOR

¡Mi viejo, no, señor juez! ¡Mi viejo no se metió en ná! ¡Fuí yo solo!

DON GERMÁN

Vivamente sorprendido.

Pues ¿y la herida?

SALVADOR

Se la hizo él, que se cayó cuando disputaban. Yo me volví loco...

DON GERMÁN

Con interés.

¿Y le descerrajó el tiro?

SALVADOR

Porque le había insultao y me pegó. Pero mi padre, que estaba desmayao, ni se enteró siquiera. Lo demás fué como usté ha referío.

DON GERMÁN

A Domingo ¿le mató a puñaladas?

SALVADOR

Pa que no me matase él.

DON GERMÁN

Y los cadáveres ¿están en el río?

SALVADOR

Con un terrible cansancio.

Bueno, sí. Están en el río. En lo más hondo. Con piedras. Pero mi padre no vió ná. Quiero que coste, y quiero que no le hagan caso cuando diga, en mi defensa, que «ellos» se habían ido.

DON GERMÁN

Afectuosamente.

Bien, Salvador. *Abre la puerta y le indica a* TRANQUILINO *que se lo lleve.* Ahora descanse, que ya hoy no le molestaremos. Procure dormir.

SALVADOR

Sencillamente.

Me parece que, mientras no me arrope una lápida, no podré.

Sale con paso incierto, súbitamente envejecido, apoyándose en el alguacil.

BERNABÉ

Con la sonrisa de los aduladores.

Enhorabuena, don Germán. Gordo ha sido el acierto. Yo no creí que Salvador confesara.

DON GERMÁN

Con modestia.

No, no. En absoluto no he acertado, puesto que yo sostenía que los autores del crimen eran ellos. Y no eran «ellos»: era «él». En este punto no ví con claridad, porque la suposición mía, de que disparase el padre y acuchillara el hijo, era más lógica.

Entra rápidamente el buen TRANQUILINO.

TRANQUILINO

Que no se marcha la Dolores. Quiere hablar con usía, y ha subido. Está ahí.

DON GERMÁN

Que entre.

Entra Dolores *con* Tranquilino, *y se retira inmediatamente el alguacil. Queda abierta la puerta. Dolores, que tiene el rostro descompuesto, los párpados hinchados y los ojos enrojecidos, recorre ansiosamente la estancia con la vista, como si esperase encontrar en ella a Salvador, y al no verle hace un gesto de apenada y furiosa contrariedad.*

DON GERMÁN

Con el respeto que inspira la desgracia.

Siéntese usted. *Dolores se sienta maquinalmente.* ¿En qué la puedo servir?

DOLORES

Con sequedad.

Me pué usté servir tomándome declaración.

DON GERMÁN

Con benevolencia.

Como guste. Pero a usted, ¿para qué voy a mortificarla?

DOLORES

Con acritud.

¡Qué finura! Pa que no declaren solo nuestros

enemigos. ¿Cuántos han pasao ya por aquí?... Y mientras se tira a quitarme lo que más quiero, me se deja en mi casa como si no fuese nadie, como si no existiera.

DON GERMÁN

Con blandura.

La ley, que es humana, le concede el derecho de no declarar. Y como se persigue a su marido por la muerte de su padre de usted y de su hermano de usted, creí que no querría declarar.

DOLORES

Violentamente.

¡Pero como es una infamia lo que se hace, porque es mentira tó lo que se ha dicho!...

DON GERMÁN

Sincero.

¡Ojalá!

DOLORES

¿Qué no? ¡Pues yo aseguro que sí, y lo pruebo! ¿Cuándo los mataron? ¿Hora y media antes de llegar al pueblo las bestias?

DON GERMÁN

Exactamente.

DOLORES

Pues, hora y media antes, dormía Salvador junto a mí. *Don Germán se encoge de hombros.* ¡Le repito que dormía junto a mí, en nuestra cama, en nuestra alcoba! ¿Por qué lo ha de negar?... Cuando me avisó el sereno, haría diez minutos que se había ido.

DON GERMÁN

Con una sombra de tristeza.

¡Si eso pudiera ser!... Pero consta, porque él mismo lo ha declarado, que se marchó a las once.

DOLORES

Agresiva.

Pues, si no le ha atontao usté pa que declare en esa forma, ha mentío. ¡Y, si ha mentio, no se atreverá a sostener, delante de mí, su embuste!

DON GERMÁN

¿Desea carearse con su marido?

DOLORES

Un poco acobardada.

Deseo ver si me desmiente.

DON GERMÁN

Aunque estoy convencido de la inutilidad del paso, lo daré. Por obligación y por afán de complacerla. *A* TRANQUILINO *desde la puerta.* Que suba el procesado. *Dolores, con los ojos húmedos, la nariz dilatada y los labios contraídos, se levanta temblando nerviosamente.* Se debe usted contener.

DOLORES

Con la voz parda.

No soy de bronce.

DON GERMÁN

Conmovido.

Dominese usted. En estos momentos martirizarle con quejas y lágrimas sería una crueldad.

DOLORES

Con amargura.

Ya no me quedan lágrimas. Las quejas me las tragaré.

DON GERMÁN

Ahí viene. Procure no perder la sereninad.

Entra SALVADOR, *que vacila, con el pecho levantado por un sollozo, al ver a su mujer; pero se rehace con viril energía y avanza hacia ella. El esfuerzo que realizan los dos para que la angustia no se les escape en alaridos, es sobrehumano. El juez cierra la puerta.*

SALVADOR

Atrayéndola.

Mujer...

Se abrazan, acobardados, sin mirarse. Ella esconde el rostro en el pecho del marido, y él lo hunde en la cabellera de la esposa. En seguida, como huyendo de la propia debilidad, sepáranse palpitantes.

DOLORES

Limpiándole la ropa y hablando con una tranquilidad que sólo es traicionada por el tremor de la voz.

Te has manchado mucho.

SALVADOR

Sin mirarla.

Sí, es verdá. Dispensa.

DOLORES

Por apurarte. Y no te debes apurar. Yo estoy tranquila.

SALVADOR

Dispensa. Ya pasó lo malo... y tendré corazón.

DOLORES

Sacudiéndole con el pañuelo.

También te has ensuciao la espalda.

SALVADOR

¿También?

DOLORES

Ofreciéndole la silla.

Siéntate.

SALVADOR

Sentándose.

Como quieras. *Trémulo.* ¿Has declarao tú?

DON GERMÁN

Ha declarado, y por eso le he hecho subir. Asegura su esposa que el día del Patrón estuvo usted con ella hasta las tres y veinte de la madrugada. ¿Es verdad lo que dice, o es verdad lo que antes declaró usted? *Salvador, sin ánimos para contestar, se tapa el rostro.*

DOLORES

Con ansiedad.

¿Por qué no has afirmao que estabas en casa, si estabas en casa?... ¡Jura que esa es la verdá!

SALVADOR

¡Pero, Dolores!...

DOLORES

Queriéndole infundir su energía.

¡Jura! ¡No tengas amor propio! ¡Jura que esa es la verdá!

DON GERMÁN

¿Es esa la verdad?

SALVADOR

Esquivando la respuesta.

¿Y no lo sabe usté, señor juez?

DOLORES

Ardientemente.

¡No lo sabe! ¡Jura!

SALVADOR

Con entereza.

¡No!

DOLORES

Rindiéndose de súbito al dolor y rompiendo a llorar.

¡No nos quieres!

SALVADOR

Herido en las entrañas.

¡No llores!

DOLORES

¡No nos quieres! ¡No quieres a tu hijo!

SALVADOR

Con una exaltación frenética.

Pero ¿no comprendes que he confesao? ¡He confesao! ¡He confesao! ¡He confesao!

DOLORES

Con fiereza.

¡Un embuste!

SALVADOR

¡No, no!.

DOLORES

¡Una mentira!

SALVADOR

¡No, no! *Con desesperación.* ¡No fué una mentira! ¡No consiento que ahorquen a mi padre! ¡He sío yo solo! ¡Yo los maté! ¡Yo solo!

DOLORES

Con una indignación que la agiganta

Y tú, ¿has declarao esa falsedá?

SALVADOR

Gritando, para no oirla, con una atroz angustia.

¡Los he matao!... ¡Los he matao!... ¡Los he matao!...

DOLORES

¡Mientes! ¡Te han vuelto loco pa que mientas! ¡No me hubieses podío abrazar si los hubieras matao!

SALVADOR

¡No quiero que ahorquen a mi padre! ¡A mí solo! ¡A mí!

DOLORES

Transfigurada por la amargura, la pena y la cólera.

¿A ti, al padre de mi Salvador?... ¿Ahorcarte a ti por asesino?... ¡A que no me juras que eres un asesino!

SALVADOR

Rechazándola espantado.

¡Vete, que no pueo más!

DOLORES

Con unos alaridos tan bravos y tan dolientes, que hasta Bernabé suelta la pluma, trémulo de emoción.

¿Y mi hijo? Pa que viva tu padre, ¿voy a dejar a mi hijo sin padre y sin honra? ¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo?

SALVADOR

Lívido de horror.

¡Vete, o me rompo la cabeza contra la paré!

DOLORES

¡Pues no te entregues! ¡Di que te han vuelto loco! ¡No deshonres a mi hijo!

SALVADOR

En un tono, que acongojaría a los que ya nada puede acongojar, porque van a morir.

¡Encerradme! ¡Que no oiga su voz! *Huyendo.* ¡Metedme bajo tierra!

DON GERMÁN

A TRANQUILINO, *avanzando detrás de Salvador, el cual ha abierto la puerta.*

¡Vaya con él!

DOLORES

Con un odio frío de los que nunca se extinguen.

¿Qué ha hecho usté con mi Salvador?

DON GERMÁN

Impresionado.

Lo que he debido hacer.

DOLORES

¡Le ha sacao usté el alma con su habilidá, como se bebe una lechuza el aceite de una luz, y, ya sin alma, lo ha manejao lo mismo que a un muñeco!

DON GERMÁN

Con menos firmeza de la que desearía tener.

No se da usted cuenta de lo que dice.

DOLORES

¡Pero me doy cuenta de lo que hace usté! ¡Me doy cuenta de que, valiéndose de su talento, ha acorralao a un infeliz, le ha aturdío, y, sin caridá, le ha sacao de la boca las palabras que le podían perder!

DON GERMÁN

Con fortaleza, seguro de su rectitud.

¡No le han perdido las palabras, señora! ¡Le han perdido las acciones!

DOLORES

¿Las acciones? Acaso mi Salvador ¿es un criminal?... ¡Si lo fuera, los ladrillos de la casa donde nací se habrían roto bajo sus pies, y la sombra de mi padre habría separao nuestras cabezas en la almohada, y mi hijo, por tener sangre de asesino, me habría envenenao las entrañas al moverse por primera vez!

DON GERMÁN

Nuevamente impresionado.

Señora, usted no puede juzgar mi conducta.

DOLORES

¡La juzgará Dios, que es el Juez de los jueces!

DON GERMÁN

A todos nos juzgará. No lo olvido, y cumplo honradamente con mi deber. Y márchese. No quiero ordenárselo. Se lo suplico.

DOLORES

Pasando de la cólera a la debilidad, enternecida por la benevolencia del juez.

¡Pa que no le vea más!

DON GERMÁN

Le verá usted mañana.

DOLORES

Entre sollozos.

¡No, no le volveré a ver! ¡Se matará, estrellándose!

DON GERMÁN

Emocionado.

Quédese con él un poco. *A* TRANQUILINO, *a quien*

llama con un gesto. Que la deje entrar el alcaide. *A Dolores.* Pero tenga usted lástima de su angustia, y no le recrimine recordándole al hijo, ni le haga padecer con su llanto. Déle usted fuerzas y valor.

DOLORES

Y eso ¿se pué dar? *Enjugándose las lágrimas.* Al que le han saltao los ojos ¿le servirían otros ojos?... Lloraremos abrazaos, señor juez. *Sale con magnífica arrogancia, precedida por Tranquilino.*

BERNABÉ

Con cálida admiración.

Mucha mujer.

DON GERMÁN

Apretándose las sienes.

Mucha.

BERNABÉ

¿Está usted enfermo?

DON GERMÁN

Me duele el corazón.

BERNABÉ

En estos casos, a los jueces les estorba el corazón.

DON GERMÁN

Sonriendo con tristeza.

Jamás estorba lo que salva. Y el corazón impide que, en ciertas ocasiones, el juez se confunda con el verdugo.

El joven TRANQUILINO, *como si hubiese perdido el miligramo de substancia gris con que le dotó la Providencia, entra de un bote, gritando, llorando y riendo.*

TRANQUILINO

¡Señor juez, señor juez! *Entre sollozos.* ¡Ay, qué alegría, señor juez! *Dirigiéndose, desde la puerta, a alguien que sube.* ¡Pero, corra, por Dios! ¡Ay, señor juez, que alegría!

Y entra precipitadamente, adusto y torvo, DON SEGUNDO, *y don Germán, que miraba con estupefacción a Tranquilino, se levanta de un salto, con una palidez mortal, y Bernabé se acurruca con un pavor que ni le permite moverse.*

DON GERMÁN

¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

DON SEGUNDO

Con acritud.

¿Es que a uno le tienen que asesinar pa que falte de su casa?

DON GERMÁN

Balbuceando.

¡Pero, usted!... ¡De modo que usted!...

DON SEGUNDO

Sarcástico.

¿Pido yo permiso pa hacer lo que me dé la gana, quedándome o marchándome?... He obrao ahora como quien soy, señor don Germán. Y nunca he procurao que se figure usté que soy precisamente un seminarista.

DON GERMÁN

Rehaciéndose, herido por el ataque.

¡No olvide que habla conmigo, y reserve sus

lecciones para quien las solicite y tenga necesidad de ellas!

DON SEGUNDO

Con frialdad.

Perdón, señor juez.

DON GERMÁN

Con acritud.

Perdonado. Y dígame la causa de su desaparición, que ha sido el origen de todas mis equivocaciones. ¿Qué ocurrió el día 6, cuando salió con Domingo de la era?

DON SEGUNDO

Ocurrió que me encontré a los Arizagas, que iban en su automóvil a la sierra, pa tirar jabalíes, y que me fuí con ellos.

DON GERMÁN

¿Y con Domingo?

DON SEGUNDO

Con pesadumbre y vergüenza.

A Domingo le dejé el dinero, pa que se lo en-

tregase a Dolores, y los caballos; y, pa robarme, soltó los caballos, que le hubiesen comprometío, porque tó el mundo sabe de quién son. ¡Nunca le perdonaré, y no por los quince mil duros que se ha llevao, sino por lo que su acción me duele!

DON GERMÁN

Abrumado, después de una pausa.

Que venga Salvador.

Tranquilino sale como un proyectil.

BERNABÉ

Preocupado.

Pero a Salvador le tendrá que ver un médico, porque no está en su sano juicio. ¿Se concibe que un inocente se declare autor de un delito sin estar loco?

DON GERMÁN

Con irónica amargura.

Sí, puesto que el delito se había probado. Porque se había probado: lo probé yo, valiéndome de la lógica, de la cultura y de la experiencia, y Salvador, que ignora lo que es lógica, que carece de cultura, y que es inexperto, mintió generosamente para librar a su padre. Bastaba con que

cayera una víctima en la red. *Con la voz enronquecida y rompiendo el birrete, que arroja después, triste y desalentado.* Los hombres no pueden juzgar a los hombres... y yo no los juzgaré más, para que me mire Dios con misericordia.

DOLORES

Dentro. A gritos.

¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!

Entran, con toda la rapidez compatible con la emoción que les hace temblar, DOLORES *y* SALVADOR. TRANQUILINO, *junto a la puerta, llora contemplando a Dolores, que abraza a su padre con frenética alegría. Salvador, trémulo, mira a don Segundo, avanza un poco hacia el juez, como una fiera que se dispone a saltar, y clava en él sus ojos relampagueantes.*

SALVADOR

A don Germán, en un tono indescriptible de júbilo sobrehumano, de salvaje rencor y de odio vengativo.

¿Ha resucitao?

DON GERMÁN

Casi con miedo.

Escuche...

SALVADOR

Selváticamente.

¡No, no! ¡Responda usté! ¡Yo tiré mi vida, pa salvar otra, porque usté me probó que estaba muerto! ¿Me engañó usté, o es que ha resucitao?

DON GERMÁN

Abrumado.

Yo solo me preocupé de servir a la justicia. Todo le acusaba a usted...

SALVADOR

¡Pero ahora tó te acusa a ti, asesino, y pa servirla yo, te voy a matar!

DOLORES

¡Salvador! ¡Salvador!

DON SEGUNDO

A la vez.

¡Hijo!

Don Germán, defendido por Dolores, retrocede humilde y avergonzado, como si le azotara la cólera terrible de Salvador, que, enloquecido, pugna por acercarse a él, luchando con don Segundo, Bernabé y el alguacil, que le contienen.

SALVADOR

Dominando con sus tempestuosos alaridos las voces espantadas de los hombres y de la mujer.

¡Justicia!... ¡Justicia!... ¡Justicia!... ¡Justicia!...

FIN DEL DRAMA

387
2

3,50 PESETAS

Imp. Alburquerque, 12.—